HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE

24



DIBUJO DE JUAN CARLOS CASTAGNINO

30 CENTAVOS

0.10 dólar en exterior

JUAN CARLOS CASTAGNINO



Nacido en Mar del Plata el 18 de noviembre de 1908.

Comienzos: En la Mutualidad Estudiantes de Bellas Artes; en 1929, dibujando en el taller de croquis.

En 1930 ingresó en la Escuela Superior de Bellas Artes Ernesto de la Cárcova, donde trabajó en el óleo hasta 1934. Ya en esa época hizo ensayos de pintura mural al fresco, procedimiento que más tarde ha de estudiar en su viaje a Europa.

En 1933 obtuvo el premio estímulo de pintura, y en el año 1943 el tercer premio en el Salón Nacional de Bellas Artes.

En París concurrió al Louvre, donde realizó estudios de grandes maestros copiando obras de Rembrant, Velázquez, etc.; conoció de cerca a los pintores modernos, entre ellos Picasso y Braque, y estuvo en el atelier del teórico de la pintura cubista, André Lhote.

En Italia estudió a los pintores prerrenacentistas, sobre todo Masaccio, Giotto y Fraangélico.

En Madrid pudo ver las obras del Museo del Prado salvadas por los republicanos y que habían estado expuestas en Ginebra.

POSICION

Creo en lo positivo del movimiento de vanguardia que a partir de Cézanne, Van Gogh y Gauguin plantean la renovación plástica que ha de alcanzar con los "fauves", cubistas, expresionistas y subrealistas el momento excepcional en la historia de la pintura de los últimos siglos.

En nuestro país, el grupo de París, con Spilimbergo, Butler, Berni, Badi, etc. y Gómez Cornet, Petorutti y Sibellino, se enfrentaron con sus obras a una pintura agotada, impersonal y sin problemas trayendo el aporte de su inquietud y pasión por la reconquista de la forma y de lo espiritual, con una sensibilidad y conciencia nueva.

Creo que la generación actual debe partir con esa actitud renovadora para llegar al difícil problema de nuestra expresión propia; en ese sentido, entiendo que debemos adentrarnos en la realidad nacional; de allí surgirá una temática donde nuestro elemento humano, ríos, pájaros, nubes y animales integren la visión de las cosas de la tierra en una auténtica expresión argentina y americana.

J U A N   C A R L O S   C A S T A G N I N O

PIERO DELLA FRANÇESCA

Jorge Larco

Es hermoso tema para un pintor que guste escribir este de la vida y la obra de Piero della Francesca. Dejado a trasmano por largo tiempo, hoy aflora violentamente ocupando el sitial que se merece. Y este libro ejemplar —trabajado con cariño y admiración— nos lo presenta en vidu y obra, completo en su forma sintética.

Piero della Francesca es uno de los altos valores de la humanidad. Su arte emerge siguiendo la tradición pura y legítima del Giotto, de Donatello, de Masaccio. Domina el QUATTROCENTO y junto a Paolo Ucello da un paso más en la geometría de la composición, en la densidad de la forma, en la plástica de la pintura, abriendo el camino a todas las búsquedas del Renacimiento.

Su inquietud florece en un ambiente poco afable a sus búsquedas. Paolo della Francesca "representa —dice Larco— en la ráfaga de fervor espiritual que sacudía la atmósfera italiana prerrenacentista, el esfuerzo dirigido hacia un fin determinado, la pasión dominada por el razonamiento, el equilibrio en pugna con el instinto desbordado".

Su enseñanza, "el enlace de la perspectiva y de la luz" influye en todos los artistas del Renacimiento (a través de Signorelli en Miguel Angel por ejemplo). Sin embargo, su obra es pospuesta y negada y cae tras espesas cortinas, cuando no es destrozada, perdiéndose así numerosas obras. Hoy el arte contemporáneo pone a Piero della Francesca en su sitial eterno y el artista pospuesto y negado se abre paso junto a Paolo Ucello, su compañero de batalla, junto a Lorenzo de Credi, o el de Lucas Signorelli.

El libro de Larco se recomienda solo. Está lleno de entusiasmo y admiración por el maestro y habla un hombre que ha visto y estudiado su obra. Cumple su intento esta monografía que se completa con un material gráfico de primer orden, que no sólo nos presenta las obras del artista umbro sino que permite comparaciones con otras de Masaccio, Doménico y Veneziano, Paolo Ucello, Donatello, etc., elementos que nos permiten completar una idea más cabal de ella.

Editado por Poseidón con el acostumbrado esmero esta monografía se suma a la ya larga serie de obras que aparecen bajo el rubro de Biblioteca Argentina de Arte.

P E D R O   O L M O S

EN TORNO DEL IMPERIALISMO

En política, las clases dirigentes argentinas simpatizan desde hace muchos años con el hitlerismo alemán; pero en economía comprenden que conviene llevarse de acuerdo con los ingleses . .

Por lo contrario, en política las clases productoras del país están abiertamente contra el nazismo; pero en los aspectos económicos que les afectan tienen motivos de disgusto y oposición contra los explotadores extranjeros; y probablemente en primer término los ingleses.

De esta ostensible contradicción, ciertos elementos sedicentes "nacionalistas", que han contado con poderosos estímulos y auspicio no popular, pretendieron extraer provecho en apoyo del fascismo, explotando los sentimientos de unos y los intereses de otros, deformando y tergiversando los hechos.

En nombre del patriotismo, de la soberanía nacional y de otras frases que se prestan para los usos más diversos, se ha hecho una gran campaña antiimperialista, con la singularidad de que el principal ataque ha sido dirigido contra los Estados Unidos, cuyos gobernantes, industriales y banqueros serían los únicos imperialistas dignos de consideración.

Producida esta agitación en momentos en que las fuerzas democráticas, en mérito de su adhesión incondicional a la causa de los aliados en la presente guerra, han eliminado de su vocabulario la palabra imperialismo, ha provocado —de acuerdo con los planes de sus promotores— cierta desorientación; por supuesto efímera, pero de la cual se saca partido en la actualidad. Y esta circunstancia se ha agravado por el hecho de que mientras tales "nacionalistas" disfrutaban de la mayor libertad de reunión, prensa y propaganda pública, sus opositores exclusivamente en el pueblo no han hallado trabas para la libre expresión de sus ideas.

Nos parece, pues, oportuno y conveniente reafirmar y precisar la posición que se ha sostenido con respecto de este problema desde las columnas de HOMBRE DE AMERICA. Nuevos acontecimientos han robustecido y confirmado la actitud de independencia y tenaz defensa de los derechos de nuestros pueblos, en medio de la máxima colaboración a la derrota del totalitarismo. Pero es indispensable evitar los equívocos y no permitir que el verdadero enemigo siembre y recoja los frutos de la confusión.

Para no perder la visión del bosque por la obstrucción de un arbusto, vamos a referirnos en primer término al supuesto antiimperialismo citado; descartado éste, podremos considerar con mayor profundidad la cuestión.

Y diremos en forma terminante que ningún derecho tienen de invocar la independencia y soberanía nacionales quienes son agentes del hitlerismo, propician la supeditación de nuestro pueblo —al que los nazis degradan a un plano étnico inferior— a los dictados de las potencias fascistas, y cuya máxima aspiración sería poder ubicar algún Darlán o Badoglio criollo, que ideológicamente y en su política interior fuera totalitario, pero que pudiera comerciar y mantener relaciones en cierto modo cordiales con los ingleses.

Además, es necesario afirmar que la forma más agresiva del imperialismo es la que practican las naciones totalitarias, especialmente Alemania y Japón; y no puede permitirse que los que simpatizan con sus métodos y aplauden su brutal avasallamiento de tantos pueblos, intenten inducir a engaño hablando de antiimperialismo.

Nadie tiene mayor obligación de silenciar cuando se pronuncia la palabra dignidad, que aquellos que han hecho causa común con una política exterior mezquina, oportunista y, para mayor desgracia, suicida.

Pero el problema más hondo y vasto se nos presenta cuando intentamos conciliar honradamente los deseos de independencia y libre determinación del pueblo, con la necesidad de colaborar al aplastamiento del fascismo, cuya dirección en la presente guerra mundial está a cargo de las naciones aliadas.

Ya es posible comprobar que las fuerzas democráticas argentinas, los representantes de amplios sectores de la clase obrera, e incluso aquellos partidos que en su hora izaron con vehemencia la bandera del antiimperialismo, incurrieron en fundamental equivocación cuando renunciaron a esa lucha, convirtiéndose en cambio en propagandistas de sus enemigos de ayer, justamente por considerar indispensable apoyar todo esfuerzo en contra del fascismo.

Si hubiera existido verdadero espíritu de lucha, se habría procurado una colaboración eficiente, rápida, movilizando todos los recursos en la actividad antifascista, sin necesidad de entregarse incondicionalmente, ni abandonar posiciones precisas, ni justificar repudiables actos de los eventuales aliados.

Pero aquella fué y es una actitud verbal. Es más fácil **no hacer** que organizar, aunque fuera en escala limitada, acciones que demanden energía, sacrificio y valor. Y cuando se renuncia a algo que es vital, es porque se está en disposición de ánimo para ceder en todo, para no jugarse íntegramente. Es lo que ha ocurrido con las desorganizadas fuerzas que postergaron la mayoría de los problemas con el argumento de que es necesario concentrar el fuego de todos los cañones contra el fascismo, pero que luego ni apuntaron ni dispararon sobre éste, desintegrándose y demostrando su incapacidad de acción.

En el número 12 de esta revista (octubre de 1941), con respecto del imperialismo, se expresaban en síntesis los siguientes conceptos que nos parece oportuno reproducir:

"Dentro de lo que no obstruya la lucha que se libra contra el hitlerismo, firme mantenimiento de todas nuestras reivindicaciones contra los monopolios imperialistas que absorben nuestras fuentes de riqueza vitales. Táctico aprovechamiento de las actuales circunstancias para imponer cláusulas y condiciones que impliquen una liberación gradual, y si fuera posible absoluta, de nuestra economía. Oposición a la consigna inconducente y negativa de justificar la opresión que ejercen sobre nuestros pueblos potencias imperialistas, en mérito a su presente lucha contra Alemania".

En esta posición permanecemos y nos afirmamos hoy. Debemos ser capaces de comprender qué es lo más apremiante en el momento actual, y en esto existe plena coincidencia en vastos sectores de opinión: derrotar al totalitarismo, que es a la vez el imperialismo más agresivo. Pero con ello no quedarán solucionados los problemas fundamentales que nos afectan, y no dejaremos de ser pueblos sometidos, dependientes de potencias que no invadirán nuestro suelo y respetarán protocolarmente la soberanía de la nación, pero succionarán el fruto de nuestro trabajo y las riquezas de la tierra.

Por lo contrario, por el mismo hecho de haber sido vencedoras en la guerra antihitleriana, las naciones aliadas asumirán luego poderes infinitamente mayores para encauzar y resolver de acuerdo con sus intereses todas las cuestiones mundiales. Esto no es un secreto; no lo ocultan los mismos gobernantes ingleses y norteamericanos. Y las armas, ahora

tan eficaces contra las tropas nazis, cuyo perfeccionamiento y enorme producción tanto entusiasma en la actualidad, porque están dedicadas a un objetivo preciso, ¿no podrían servir mañana para servicios de gendarmería y fiscalización internacional?

Es por ello que tenemos la obligación de no abandonar ninguna posición en defensa de la libertad e independencia de nuestros pueblos. Colaborando efectivamente en la acción antitotalitaria, podemos y debemos hacernos respetar; no hacen falta renunciamientos ni claudicaciones. Esta misma lucha ha de servir para crear el espíritu, la disciplina, la organización indispensables en las masas populares con vistas a una actuación permanente; así como en primer término se ha de combatir al nazismo, en cualquier momento se podrá enfrentar a toda fuerza que pretenda avasallarnos y esclavizarnos.

Debemos comprender también que nada se obtendrá graciosamente; que lo que no seamos capaces de conquistar no nos será otorgado.

Y para lograr las aspiraciones más sentidas e imprescindibles, hacen falta condiciones que aun no se han puesto en juego: valentía y firmeza; fuerza; sentido táctico.

Con respecto de las primeras no es posible formular muchas consideraciones. Pero sí con referencia a la potencialidad, a la habilidad e inteligencia con que se actúe. La fuerza sólo se podrá obtener cuando todos los pueblos de Sur y Centro América constituyan una verdadera unidad; cuando el concepto de independencia no implique aislamiento ni hostilidad entre naciones, sino que se proyecte en un plano continental; justamente para asegurar la integridad, la libertad y la paz de los países más pequeños y débiles.

Vivimos en un mundo dominado por quienes poseen las mayores riquezas y los más poderosos armamentos. Con ser la Argentina una de las naciones más grandes y ricas de este hemisferio, poco o nada cuenta en el orden internacional, frente a las grandes potencias que dividen, reparten, disputan la propiedad y el usufructo de los mercados y las fuentes de producción, y hasta disponen de la vida de la mayor parte de los habitantes de los cinco continentes.

Como unidad geográfica y económica, con su valioso caudal de energía humana, Centro y Sur América podría representar una fuerza respetable, a la que no sería posible dominar como en la actualidad aislando y reduciendo a la impotencia a cada país, en tanto se entonan loas a su soberanía nacional.

Y aun admitiendo que esto constituye por ahora un ideal, cuya realización total está obstaculizada por múltiples factores y por consecuencia puede demorar; reconociendo que la unidad americana lleva gran retraso con respecto de la marcha de los acontecimientos mundiales, en los cuales podría gravitar en forma decisiva, consideramos que todos los esfuerzos que se efectúen en tal sentido serán de aplicación parcial muy eficiente, tanto mayor cuando más sólidos y vastos sean los lazos establecidos.

Es aquí donde debe intervenir la acción inteligente y táctica, para impedir que prosiga o se acentúe la penetración imperialista. Y puede hacerse. Con los exiguos elementos de que se dispone, sin estar las fuerzas concentradas y adiestradas para una ofensiva frontal, pueden no obstante cumplirse con éxito acciones defensivas en sectores limitados y aun llevarse a cabo ataques que anticipen y afirmen la decisión de no permitir en el futuro ser tratados como pueblos inferiores o semicolonias.

No vamos a hacer conjeturas ahora acerca de la técnica especial que se empleará en el período inmediato posbélico, por parte de las fuerzas imperialistas que querrán aprovechar del triunfo aliado y resarcirse de los inconvenientes que puede haberles producido la mayor ingerencia estatal en los negocios privados durante la guerra.

Pero puede afirmarse que se reavivará la rivalidad entre ingleses y norteamericanos; que a pesar de todos los convenios y todos los pactos se intensificará la lucha por la hegemonía mundial y especialmente por el centro y sur de nuestro continente.

Estando en juego intereses tan enormes, resulta ingenuo pensar en soluciones amistosas, cuando está comprobado que sólo la preparación a toda marcha de la resistencia al totalitarismo puso fin en estas regiones a una serie de cuartelazos, amagos de guerra y hasta conflictos bélicos, que tuvieron comienzo en el año 1930 y que obedecían a la rivalidad en crisis entre yanquis y británicos. Por otra parte, ahora mismo, en pleno desarrollo de la guerra, surgen con frecuencia a la superficie manifestaciones incontenibles de esa lucha interior que no ha logrado apaciguarse.

Y los veinte pueblos de nuestra América deben estar preparados para sacar de esa lucha interimperialista todas las ventajas posibles, eliminando de esta forma uno de los obstáculos mayores que impiden el normal desarrollo económico, político y social de los mismos.

Así como los grandes magnates de la industria y la banca han aprovechado de la desunión y debilidad de estas naciones para someterlas e imponer formas indignantes de opresión, es necesario sacar partido de sus rivalidades para reducir y anular sus coacciones. Derrotar a una empresa, a un trust, a un monopolio, desplazar de toda actuación pública a los agentes nativos que se prestan a los manejos de aquéllos, significa ganar batallas parciales, ir cubriendo etapas que nos aproximarán cada vez más a la meta final.

Existe en nuestro pueblo —y creemos que en todas las naciones del mundo— un vivo sentimiento de rencor hacia los explotadores extranjeros. Esta actitud tan lógica y justificada ha sido utilizada por los fascismos en forma aviesa, teniendo en cuenta que las principales empresas industriales y los transportes están en manos de ingleses o norteamericanos. Por supuesto, ellos no aluden a los explotadores extranjeros cuyos países de origen están gobernados por el totalitarismo. Pero la propaganda que ha pretendido contrarrestar tan innoble método de actuación ha incurrido en el error de no hacer la necesaria diferenciación entre los objetivos de guerra de los aliados y los intereses de las empresas particulares. En su afán de colaborar en la campaña antinazista, han defendido todos los actos de los ciudadanos ingleses y norteamericanos, aun los menos justificables, sin percatarse que con ello prestaban el peor de los servicios a la misma causa cuyo triunfo anhelaban.

En nuestra opinión, el más elemental sentido táctico señala la conveniencia de no sofocar, en lo más mínimo, esos sentimientos de hostilidad hacia los opresores extranjeros, porque se corre el grave riesgo de que se desborden en forma irreflexiva y contraproducente para los propios intereses. A un obrero que sufre todo el rigor de las injusticias y explotación de una empresa, no se le puede convencer de que con su trabajo colabora al triunfo de la libertad y la justicia en el mundo, ni que sus directores son paladines de tales ideales.

En cambio, aquellos sentimientos pueden alentarse en sentido constructivo, encauzándolos y haciéndolos extensivos no sólo a los explotadores de otras nacionalidades sino a los del propio país que los secundan o emulan.

Se lograría el doble objetivo de arrebatar al fascismo un argumento y un arma que no le corresponde, al mismo tiempo que se afirmaría la lucha por la libertad sobre una realidad y un sentimiento profundamente arraigado en los hombres del pueblo.

Una última advertencia que juzgamos oportuna: es necesario estar alerta para denunciar, movilizando la opinión sana del país y de América, cualquier tentativa de "darlanismo" que se procure implantar. La política poco diáfana de los aliados, no sólo en otros continentes, sino inclusive en el nuestro; su apoyo a gobernantes dictatoriales y fascistas con tal de que en su política exterior se declaren democráticos, y una serie de acontecimientos ocurridos en fecha reciente, inducen a considerar con fundamento la posibilidad de querer erigir en gobernantes a simples instrumentos de su política. Por desgracia, éstos abundan; ya hemos comprobado cómo la ambición de mando y la perspectiva de ascenso al poder corrompe a los que más han alardeado de incontaminación y hace desaparecer el más tenue concepto de dignidad

ACTUALIDAD Y PRESENCIA DE BOLIVAR

"Como entendimiento político —dice Rodó al referirse a Bolívar—, nadie en la Revolución de América, lo tuvo más en grado, más iluminado y vidente, más original y creador". La capacidad genial de Bolívar para percibir hechos políticos, para darles contenido o provocarlos, ha sido fruto del continuo ejercicio intelectual, de su cultura múltiple y honda, de su agudeza observadora y de sus especialísimas condiciones de conductor. De ahí que como jefe militar, como legislador y hombre de Estado, acertase. La sabiduría (o la maestría), no se improvisa. No se conoce el milagro de que aparezcan ***estadistas*** por generación espontánea.

Bolívar no sólo fué guerrero victorioso y gobernante lúcido. Como a todo creador, le preocupó el destino de su obra. Había que preservar la Independencia de los peligros que le acechaban. Peligros internos: la anarquía, la demagogia, las suplantaciones. Y, fundamentalmente, prevenir los peligros de fuera: el dominio de poderes extraños, las disenciones entre los países libertados, el imperialismo, cualesquiera de sus formas. En ese afán de prevenir fué "iluminado y vidente". Para estabilizar los gobiernos, allí donde los pueblos le requerían, redactó sus Constituciones y gravitó con el influjo de su personalidad determinante. Para ponerlos a cubierto de posibles amenazas extracontinentales propició, predicó e intentó la unión confederativa de las nuevas repúblicas.

Conocedor de la historia y de las pasiones humanas, vislumbró las probables alternativas de las grandes naciones. Sabía que el afán de dominación, mediante guerras de rapiña o invocando supuestas hegemonías de raza, sería un peligro para el Nuevo Mundo, poseedor de enormes riquezas potenciales. Sus cálculos han sido confirmados por lo que viene a ocurrir después de más de un siglo de su muerte.

El prusianismo germano con nuevos hombres, nuevos métodos y acrecentado poderío, reapareció camuflado en el "nacional - socialismo". Nacionalsocialistas rabiosos los nazis, encubrieron sus dobleces en la pose socialista y redentora (¡Alemania redimida!) y el anticomunismo. En busca de "espacio vital" se lanzó Alemania a la conquista de territorios y al avasallamiento de pueblos, después de haber narcotizado a las cancillerías y minado la resistencia interior con sus "quintas columnas". En igual sentido operó Italia en Abisinia y Albania, lo mismo que el Japón en China. El tambor batiente del totalitarismo que impresionó a tantos patriotas del ingenuo continente, no fué otra cosa que el llamado a la guerra imperialista más desenfrenada. Y ella dió al mundo el espectáculo de la embriaguez de poder, de terror, en los éxitos que le deparó la ***blitzkrieg***. En la culminación de las acometidas totalitarias, tiene que verse el peligro que se cirnió sobre muchas naciones indoamericanas. Existe la historia documentada de la penetración nazi en el Brasil, Uruguay, México, Colombia y otros países. A la avanzada de los capitales progresistas, siguieron las "quintas columnas" y la nazificación de muchos partidos políticos. El Eje intentó desquiciar la unidad continental, que la misma guerra contribuyó a fortalecer. La adhesión a la causa democrática de todos los países del hemisferio occidental, frustró la realización de planes encaminados a provocar conflictos entre naciones de este continente. Para muchos, es un mito el peligro que se le asigna al nazismo en estos países. ¿Qué objetivo político perseguían, entonces, las organizaciones nazis dependientes de Berlín, en todos los países de las Américas? ¿Para qué el pertinaz espionaje japonés en el Pacífico?

La teoría del "espacio vital" no sólo fué formulada con relación a Europa sino en vista a posibles expansiones coloniales. Si relacionamos esta teoría, con el "racismo" que preconiza la inferioridad de las razas de color y su sometimiento a los presuntos arquetipos —los arios—, la deducción es lógica para considerar que las Américas de población indígena y mestiza (entronque hispanolusitano) han estado en el esquema de su intentado expansionismo; más aún si sus extensos territorios escasamente poblados son pródigos en materias primas, careciendo la mayoría de sus Estados de medios eficientes de defensa.

Bolívar, que tenía la obsesión del destino continental, nos planteó esta alternativa, en plena vigencia: o las naciones libertadas del poderío español se unen, mediante pactos solemnes y eficaces, constituyendo una Confederación que, en casos de peligro —amenazas o agresiones extracontinentales —formen un poder político, económico y militar capaz de asumir su propia defensa; mantienen la paz entre ellas, regulando sus relaciones mediante instrumentos de Derecho (entre otros el arbitraje), o su falta de unidad, de coherencia y de acuerdo, las hace víctimas de disenciones y rivalidades, propicias a la desintegración y al dominio imperialista.

La política internacional seguida por las naciones de nuestro hemisferio, como consecuencia de la guerra, es la que propugnó Bolívar. El interamericanismo en boga es el bolivarismo que confluye, en cierto modo, con la doctrina Monroe, aplicado de acuerdo con las circunstancias. Las patentes agresiones del Eje a México, Cuba, Colombia, al Brasil y a los Estados Unidos, han vigorizado el repudio al totalitarismo y fortalecido dicha política continental. El interamericanismo tiene estas dos consecuencias: mediante la acción conjunta y solidaria, pactada en las últimas conferencias, se aseguró la defensa del continente, alejando el peligro de agresión o intrusión del Eje en las Américas; y, a la vez, definió rotundamente el sostenimiento de los principios democráticos frente a las dictaduras totalitarias.

Naciones democráticas, creadoras de civilización y de cultura, con poderío militar, han sucumbido al empuje de la maquinaria bélica nazifascista. Su condición es semejante a la que presentaban los dominios coloniales en América antes de las guerras de Independencia: sometidas, humilladas. El saqueo, la servidumbre, la coacción más violenta, impera en los países ocupados. Hombres que por su ciencia o sus virtudes son valores representativos de la humanidad, viven en el exilio o se agotan en los campos de concentración. Esta es la realidad impuesta por los conquistadores.

A parecida realidad esclavizante y nefanda se opuso el Libertador, en su tiempo, con toda su pasión y su voluntad. Los europeos sometidos comprenderán ahora que la grandeza de Bolívar no fué leyenda. Anulada la libertad es cuando

crece la devoción por el hombre a quien se llamó Libertador por antonomasia. Bolívar está vigente, no sólo para Indoamérica sino para el mundo. Este sentido libertario y democrático de su vida y de su obra, lo hace incomparable y, por él, nuestra América alcanza personalidad definida, categoría continental y se suma a las colectividades históricas que han aportado un valor imperecedero para la humanidad.

El bolivarismo es más amplio, trascendente e idealista que el panamericanismo. Sus postulados son válidos no solamente para América; tienen, repetimos, un sentido universal. En ellos pueden inspirarse los pueblos oprimidos y coloniales de todas las latitudes, para proclamar su liberación o su independencia.

Se ha encarnado el bolivarismo en los últimos tiempos, en los partidos populares y de contenido socialista de Indoamérica. Ha sido la doctrina orientadora para la acción de resistencia al imperialismo norteamericano que, hasta hace más de una década, fué una pesada y sofocante realidad. El "Apra", en sus definiciones doctrinarias, actualiza las doctrinas de Bolívar. Haya de la Torre, su fundador, nos dice: "trabajamos por la realización del pensamiento bolivariano".

La Paz, marzo de 1944.

ABRAHAM VALDEZ

AMIGO LECTOR:

Con esta edición finalizan la mayor parte de las suscripciones por 12 números de HOMBRE DE AMERICA y que corresponden a los que nos han acompañado y colaborado en esta obra desde su iniciación.

Hemos cumplido ya dos etapas de 12 números y nos disponemos a comenzar la tercera, contando siempre con el apoyo y la confianza depositada por los amigos y simpatizantes de la revista. Una rápida renovación de las suscripciones, un esfuerzo que se realice para conseguir nuevos lectores y abonados, contribuirá en forma muy eficaz a regularizar la aparición de HOMBRE DE AMERICA y si fuera posible mejorar muchos aspectos de la publicación. Por ello reiteramos el anterior llamado:

RENUEVE SU SUSCRIPCION

UN LLAMADO AL PUEBLO DE CALIFORNIA

Parecería una incongruencia incluir en estas páginas la presente alocución al pueblo de California. Su profundo contenido humano, su significado trascendente en lo que atañe a América, y el planteamiento de un problema en términos aun no tocados, aparte del hecho de provenir de una de las mujeres más representativas de América, explican y justifican ampliamente su publicación en HOMBRE DE AMERICA.

Por PEARL S. BUCK

Pienso que ha llegado la hora para nosotros, los norteamericanos, de hacer un inventario de nuestra posición en este mundo. Hemos sido condescendientes para con nosotros mismos en muchos instantes sentimentales, por soñar despiertos, y en muchas orgías de venturosos pensamientos. Verdad es que los extremos se tocan. El hombre o la mujer de vaga buena voluntad, que sueña con un mundo donde los pueblos vivan en una confusión de afectos mutuos, carente de toda idea o plan definidos acerca de cómo crearlo, choca, con su falta de realismo, con los muchachos bullangueros que abogan por la aniquilación total de naciones enteras, sin preguntarse jamás cómo es posible desembarazarse de millones de japoneses o de alemanes. Ambos extremos deben ser descartados por las personas sensibles.

El imperio japonés es ahora el segundo del mundo en importancia; y en la actualidad el mayor de todos; puesto que es dudoso que los millones de hindúes, que hoy mueren de hambre a millares, sumidos en la pobreza y el descontento, puedan ser tomados como un activo para el imperio británico. El Japón, para desgracia de los gobernantes blancos, también va aprendiendo con la experiencia. Su nueva política para con los pueblos conquistados se torna cada vez menos agresiva. Quizás haya aprendido de Alemania una lección de cómo no se debe tratar a los pueblos sojuzgados. De cualquier manera el Japón todavía no se está debilitando. Puede y debe ser conquistado, pero no por soñadores. Será una tarea larga, ardua y difícil; y una vez realizada no solamente habrán de yacer en las tumbas centenares de miles de japoneses.

EL CENTRO DEL MUNDO SE DESPLAZA

Yo os pido, hombres y mujeres de la región más importante del país, como creo que es California, mantener en alto el espíritu y el sentido común. Pues estoy convencida que de la actitud que adopten con respecto a Asia depende la actitud del país entero. De manera muy curiosa ustedes son, o muy pronto lo serán, los líderes de la nación. La gente en nuestros Estados del este ya vuelve sus miradas hacia ustedes, mientras que se plantean estos enormes problemas de cómo tratar con los pueblos de Asia y de América del Sur. "¿Qué opinan en la costa oeste?", es la pregunta que oigo formular todos los días y toda vez que se está por adoptar una actitud política. Los Estados del este son más sensibles a vuestras opiniones hoy que en cualquier otra época pasada. El centro de gravedad de nuestro país se desplaza imperceptiblemente hacia el oeste. Y con toda confianza afirmo que la futura política exterior de nuestro gobierno será decidida principalmente por ustedes, que ven a través del Pacífico y no por los que viven de cara al Atlántico. La razón de todo esto es que el centro del mundo se ha desplazado de Europa a Asia. Jamás volverá a ser Europa tan importante para nosotros como ahora lo es Asia. Algunos necesitarán dejar pasar cierto tiempo para convencerse de esto. Pero los más sabios entre ustedes ya lo saben, y los más sagaces ya trabajan en este sentido.

Sin perder un momento de tiempo acerca de si **nos agrada** o no esta perspectiva —pues nada hay más tonto que preguntarnos si nos gusta o no un hecho—, observemos nuestra situación actual dentro del mundo. Hagamos un balance de nuestra posición.

LA MINORIA BLANCA

Somos un pueblo predominantemente blanco; pero una décima parte de nuestra población es de ascendencia africana. Un porcentaje mucho menor, aunque apreciable, es de ascendencia oriental y mexicana. Pero en razón del número y de los prejuicios heredados, somos un país del hombre blanco. Todos los pueblos de color se hallan en posición desventajosa dentro de los Estados Unidos. Afuera se nos conoce como un país del hombre blanco, de la misma manera que el Imperio Británico es conocido como un imperio del hombre blanco, aunque tenga muchos más súbditos de color que blancos.

Pero como nación de blancos ¿dónde nos hallamos en el mundo? Simplemente donde se hallan todos los pueblos blancos juntos: en minoría. Somos mayoría dentro de nuestro país y somos minoría en el mundo. Ahora bien, esto de ser una mayoría en un sitio y una minoría en otro; una mayoría en el menor y una minoría en el mayor, hace muy difícil el darnos cuenta cabal de lo que es en realidad el mundo hoy. Nos hallamos en idéntica posición que la de un hijo acostumbrado a mandar dentro de su lujoso hogar y donde siempre ha sido objeto de las atenciones que le prodigaba una madre solícita que lo adora. Entretanto llega el día en que debe abandonar su hogar y enfrentar el mundo, donde nadie en particular lo quiere, ni le importa un ápice de sus bellos ojos azules o de sus cabellos dorados. Cuando penetra en ese mundo, se halla en minoría. Su instinto le aconseja volver a casa y echar el cerrojo. Pero con echar el cerrojo no se remedia nada. Todos están afuera, viven, juegan y crecen. No puede pasarse la vida tras las puertas cerradas. No puede desarrollarse y llegar a plasmar en un ser humano fuerte, a menos que ocupe un lugar en el mundo tal cual es. Aunque embarcáramos a todos los negros de vuelta para el Africa, no resolveríamos nuestro problema. Africa no se halla hoy mucho más distante que los umbrales de nuestras puertas. Tenemos que aprender a vivir en el mundo tal cual es.

Y el mundo tal cual es tiene muchos más seres de color que blancos. Es muy difícil establecer la proporción exacta, porque es muy arduo responder a la pregunta ¿quién es blanco? Los Ainos, que son japoneses, son rubios. Tienen blonda cabellera, ojos claros y barba áspera. También algunos pueblos de la India son rubios. Esto es muy embarazoso; pero es la verdad. Mucho más embarazoso aun es el hecho que, de trece millones de negros que tenemos, haya más de seis millones que tienen sangre blanca. ¿Debemos seguir las fórmulas adoptadas por los ingleses en la India, y afirmar que todo aquel que lleve en sus venas una sola gota de sangre india no es blanco; o debemos cruzar la pequeña franja de agua que los separa de las Indias Holandesas y afirmar con el holandés, que ha sido lo bastante inteligente para decir que todo aquel que lleve una sola gota de sangre blanca vía paterna es blanco?

EL COMPLEJO MAYORITARIO

¿Qué vamos a hacer nosotros los blancos en este confuso mundo donde Dios, en su inescrutabilidad, hizo de nuestros pueblos una minoría, y Satanás, con su maliciosa cizaña, nos dió un complejo mayoritario?

Los hombres de ciencia, para hacer todo más complicado, nos dicen ahora que no hay razas inferiores o superiores y que los prejuicios raciales no son mas que la resultante de la educación emocional, o de la educación mal dirigida, y dependen de nuestros puntos de vista. El hombre blanco ha desarrollado los prejuicios raciales quizás como un efecto de hallarse en minoría; sin embargo, en grandes conglomerados de hombres blancos no se han desarrollado.

El pueblo inglés, en Inglaterra, se indigna por la forma en que tratamos a los negros y le disgustan los sentimientos que profesamos hacia ellos. La censura ha evitado que los norteamericanos sepan justamente lo que sus aliados ingleses piensan de nosotros. Pero si se lee de continuo a la prensa británica, se verán algunas cosas dichas con mucha franqueza. En cambio, los ingleses, en la India, son responsables de una conducta que, tomada en conjunto, es tan mala como la nuestra, y en algunos sentidos, peor; nosotros no hemos ametrallado aún a las multitudes negras, ni destruído sus aldeas bombardeándolas. Actuando ambos más o menos de idéntica manera, no nos ayudamos mucho insultándonos mutuamente desde nuestras casas de cristal. Aquí, en nuestro país, no se puede entender el prejuicio racial contra el negro sin comprender sus raíces psicopáticas en las mujeres blancas del sur. El hecho de que la mitad de nuestra población negra lleve sangre blanca en sus venas es en gran parte el resultado de la conducta de los hombres blancos del sur; conducta que a su vez arraiga en los recesos de su ser. Los primeros cuidados que muchos niños blancos han conocido eran los que les prodigaba una mujer negra; a menudo hasta los amamantaba. Físicamente no sentían erigirse barrera alguna entre ellos y las mujeres de color; y el hecho de que los hombres blancos se unieran con mujeres negras determinó que las blancas se aferraran al prejuicio del color, que esgrimieron como un arma para defender su hogar. La mujer blanca no podía mantener sexualmente leal al hombre blanco, y con el instinto de que se hallan dotadas las mujeres, no se volvió abiertamente contra el hombre a quien ansiaba poseer por entero, sino contra su rival, la mujer de color. Resolvió que la mujer de color no fuera su rival, por lo menos en su casa y en su círculo social; y que los hijos de la mujer de color no fueran legítimos. Negó los derechos y beneficios del matrimonio a la mujer de color y al blanco.

¿IMPERIO MUNDIAL?

Pero por más importante y fascinadora que sea la psicología de los prejuicios raciales — que tocan también el terreno económico —, no he de estudiarla aquí. El interrogatorio que debemos formularnos nosotros, los blancos, con toda honestidad y sin ningún temor, es el siguiente: ¿Qué debemos hacer en este mundo de gente de color? Una estimación moderada de las proporciones de hombres de color y blancos arroja las cifras de diecisiete hombres de color por cada blanco. ¿Podemos matar a todos los hombres de color? Sería locura soñarlo; locura hablar de ello, y locura aun, aplaudir semejante sueño. No; tenemos que vivir en este mundo con los negros, no solamente con los de nuestro país, sino con los de Africa y con los de América del Sur. Tenemos que vivir con casi cuatro veces tanta cantidad de gente de tez oscura en la India

LA AUTORA DE "LA BUENA TIERRA", CON PROFUNDO SENTIDO REALISTA, NOS PLANTEA PROBLEMAS DE GRAN TRASCENDENCIA HUMANA Y SOCIAL

como blancos aquí en Norte América, y aproximadamente tantos chinos como blancos tenemos aquí, y hasta debemos convivir con los japoneses, puesto que son demasiados para que podamos matarlos a todos.

Hablando en términos realistas, no se pueden ver ahora más que dos sendas abiertas a la minoría blanca. Si estamos determinados a continuar con nuestros prejuicios en contra de los negros y en contra de los hombres de Asia, debemos reunirnos todos los pueblos blancos en un solo grupo imperialista, listo para erigir y mantener el imperio en escala mundial.

Todos los imperios actuales deben ser arrojados a la patria común. Inglaterra y los Dominios, junto con los Estados Unidos, deben unirse en la estrecha alianza a que Churchill nos invitó; y luego tendremos que invitar a todos los pueblos blancos de Europa a unírsenos.

Constituye un problema lo que deberíamos hacer con Rusia. ¿Rusia es asiática o europea? Yo creo que es asiática. No olviden que Stalin dijo al embajador japonés Matsouka: "Ambos somos asiáticos".

¿ALIANZA ANGLO-NORTEAMERICANA?

Una alianza anglo-norteamericana tal como la propuesta por Churchill — a pesar de que cuando se propuso involucrara quizá una vedada amenaza para Rusia — arrojará a ésta definitivamente al seno de Asia.

Pero la unión de los pueblos blancos no sería suficiente. Tendríamos que armarnos en una escala que todavía no conocemos. Nuestras industrias deberían ser utilizadas a perpetuidad para la producción bélica y nuestros hijos preparados continuamente para la guerra. Aun así, todo esto no sería suficiente. Los pueblos de color no nos van en zaga en habilidad e inteligencia. Porque nos superan tan enormemente en número, podrían superarnos también en la producción, ahora que han comprendido lo que hace falta para la guerra moderna. Por lo tanto, se impondría sumirlos en la pobreza y en la ignorancia hasta donde sea posible, con el objeto de mantenerlos sometidos a nuestro control.

Entonces, dando por descontado que podríamos tener éxito, lo que considero dudoso, ¿en qué nos habríamos convertido durante este proceso? En algo muy diferente de lo que somos hoy; pueden estar bien seguros de esto. Consideren cómo la guerra cambia a quienes participan en ella; hasta para aquello que nosotros creemos que constituye una razón irrefutable.

No soy una mujer suave. En las guerras he visto heridos a montones y he ayudado a cuidarlos; he preparado a los muertos para darles sepultura. Más de una vez he visto a la muerte cara a cara y no la temo. Pero tengo un miedo atroz de la clase de individuo que haría falta para matar y sojuzgar a otros individuos. Y si nosotros los blancos nos decidimos a gobernar como minoría sobre una inmensa mayoría de hombres de color, tendríamos que prepararnos y preparar a nuestros hijos para ser esa clase de individuos.

¿Estamos ya listos para ello? En ese caso la América que conocemos y amamos, el país que nuestros precursores fundaran sobre sólidas bases de libertad y de igualdad humanas, ya está perdido.

¿O LA SOLUCION NORTEAMERICANA?

Pero hay una solución norteamericana. Aun estamos a tiempo de adoptarla. Podemos rehusarnos a formar parte de un imperio, de cualquier clase que sea. Podemos afrontar el futuro, venga lo que venga, firmemente decididos a apoyarnos sobre el principio americano de la rectitud ("fairplay") y de los derechos del individuo. Podemos hacer extensivo esto a todo el mundo.

En lugar de escuchar las ñoñas charlas acerca de la aniquilación de los japoneses y de los germanos, nosotros podemos insistir que en nuestro país a toda persona de cualquier clase que sea, deben garantizársele sus derechos, para preservar a América. No estoy arguyendo en defensa de los pueblos de color, ya sean éstos japoneses, negros o de cualquier otro grupo. Estoy defendiendo la causa de América. Todos estaremos en peligro cuando se haya quebrado nuestra tradición de los derechos humanos. Sucede que ahora nos hallamos en el poder; pero ¿quién puede predecir quiénes lo estarán mañana?

Manténganse firmes, americanos de California. La otra semana oí a un mayor del ejército expresarse así: "No podemos permitir que ningún japonés vuelva a California; no estaría seguro. Los ciudadanos lo matarían." Pero algunos de esos ciudadanos vinieron a verme y me dijeron: "Eso no es cierto; necesitamos que todos los americanos gocen de sus derechos, aun los de ascendencia japonesa."

Desde luego que algunos americanos de origen japonés serán muertos si vuelven. En todas las comunidades hay personas ciegas, ignorantes y estúpidas. Los linchamientos siguen en el sur y, sin embargo, no hemos expulsado a la población negra. A nadie se le ha ocurrido arrojar de aquí a los americanos de origen alemán.

CALIFORNIA, UNA PUERTA

Un coronel de nuestro ejército decíame el otro día: "Tenemos que tratar a los japoneses de la misma manera que ellos nos tratan a nosotros." Le repuse: "En primer lugar, usted tendría que ser como los militaristas japoneses para realizarlo. En segundo lugar, si lo hace, todos los pueblos de Asia dirán: ¿para qué tenemos que ayudar a los norteamericanos? Si actúan como los militaristas japoneses".

Y hasta los chinos no tendrán mayor confianza en nosotros, fundados en nuestra conducta inhumana para con los japoneses. Con su gran sensibilidad, ellos razonarán y arribarán a la conclusión de que la inhumanidad puede muy bien ser aplicada contra otros pueblos. Los enemigos no lo son eternamente. Cambian. Una vez hasta estuvimos en guerra con Gran Bretaña.

La forma en que tratamos a los mexicanos está levantando una barrera entre nosotros y la América del Sur. Dilapidamos millones de origen impositivo para comprar buena voluntad en América del Sur y destruimos toda la obra que estamos realizando, al discriminar enteramente en perjuicio de los mexicanos.

Pero todos mis argumentos se reducen a un simple pedido de que utilicemos el sentido común y de que procedamos de acuerdo con nuestras tradiciones ya probadas. Actuando inteligentemente ahora podemos alcanzar las más altas cimas en el siglo venidero. Si actuamos loca y emocionalmente, podemos ser la causa de que el mundo se hunda junto con nosotros. Una sola vez en un milenio le está concedido a un solo pueblo la oportunidad de moldear el mundo futuro. Esa oportunidad se nos presenta ahora a nosotros. Y porque ustedes desde California enfrentan el Pacífico y Asia, el timón se halla en vuestras manos. Según lo que decidan, pueden ser una barrera o una entrada a un mundo nuevo y mejor, para nosotros y para todos los pueblos de la tierra.

24 NUMEROS DE *HOMBRE DE AMERICA*

Igual que hace doce números, nos crea esta edición que sale a la calle la obligación íntima de reconsiderar a grandes trazos la actuación cumplida. HOMBRE DE AMERICA ha conservado, a través de cuatro años de vida, la misma trayectoria señalada en sus pasos iniciales. Tribuna de orientación y crítica, sin dejar en ningún momento de ser amplia, ha ido precisando posiciones en torno de los grandes problemas de América. De la amalgama de opiniones —las más de ellas diversas— nuestra publicación tradujo un compendio de ideas perfectamente ajustadas a la línea de orientación básica: la lucha por la superación de la personalidad humana, por la defensa de autodeterminación de los pueblos, por la unidad regional y continental, por la conquista de un régimen de mayor libertad y justicia.

Queremos, al llegar al fin de otra etapa de labor, analizar serenamente la relación que existe entre los postulados defendidos por HOMBRE DE AMERICA y la realidad político-social de nuestros días. Tanto la Declaración inicial como la "Declaración de los hombres libres de América" (Nº 5), la "Declaración frente a la guerra en América" (Nº 13) y los artículos editoriales, fueron el resultado de un prolijo estudio de cada problema, cuya solución tratamos de encarar con el máximo de objetividad. No obstante, nos formulamos hoy este interrogante: ¿están justificados los esfuerzos que requiere el trabajo arduo de cuatro años, con el interés que el mismo despierta? ¿Queda demostrado que los acontecimientos actuales relegan a segundo término la importancia de los postulados que HOMBRE DE AMERICA defiende?

En el transcurso de nuestra tarea hemos entablado relación con hombres cuyo valor y prestigio les hace en muchos casos representantes del medio en que actúan. Políticos o simples intelectuales, de diversa posición ideológica, coinciden en apreciar fundamentalmente los problemas de independencia o interrrelación como los más urgentes e importantes para los pueblos americanos, llegando a la conclusión —también sustentada por nosotros— de que es necesario crear un firme movimiento social americano, con ideas nuevas y sanas para modelar una democracia popular efectiva.

Ese solo hecho ha servido para estimularnos grandemente, seguros de ir por buen camino. Pero creemos que aun hay una evidencia mucho más clara, por cuanto reviste caracteres inconfundibles; ya no son sólo los hombres de izquierda quienes pregonan la unidad americana; al auge tomado por la política de "buena vecindad" y el panamericanismo oficial, han seguido hechos como la concertación de numerosos pactos bilaterales para el afianzamiento de los vínculos económicos y culturales entre países del continente. Se construyen carreteras internacionales, se envían embajadas artísticas e intelectuales, la palabra "unidad" pasa a ocupar un lugar preponderante en los discursos gubernamentales. Las graves cuestiones que plantea la guerra, en especial la falta de mercados extranjeros para los productos americanos, han convertido en necesidad imperiosa de los Estados lo que en el fondo ha de ser una conquista penosa de los pueblos. Por lógica, cuando una consigna se convierte en bandera de todos los sectores —aun de las castas oligárquicas que siempre se opusieron a la unidad americana— queda desnaturalizada su esencia, desvirtuado su valor real. Tanto, que los elementos reconocidos por sus tendencias reaccionarias hablan hoy de americanidad, de confraternidad, régimen de librecambio, etc.

Consideramos que es ahora justamente cuando nuestra prédica debe cobrar un mayor impulso. Nada más peligroso para los pueblos americanos que encontrarse sin orientación propia frente a la demagogia de quienes no vacilarán en llevarlos a las más ridículas aventuras. En los últimos números de HOMBRE DE AMERICA hemos tenido que insistir en la aclaración de conceptos tales como "autodeterminación", "neutralidad", "panamericanismo", etc. Hay diversas fuerzas (capitales nacionales, rivalidades interimperialistas) empeñadas en dar a esos términos un significado distinto al que tienen. Mientras no se haya logrado la feliz creación de una fuerza popular que luche por la realización de un ideal interamericano exento de vicios capitalistas, deben alzarse por todos los medios voces como la nuestra, de crítica y orientación.

Las dificultades que hemos tenido que superar durante este período han sido enormes y de todo orden; no ha sido exclusivamente el problema financiero —tan grave, no obstante— el que ha impedido que la revista apareciera regularmente, con la cantidad de páginas de las primeras ediciones y con la totalidad de los trabajos que hubiéramos deseado insertar.

Pero hemos hecho los máximos esfuerzos tendientes a evitar que esta voz se apague, a que esta tribuna sea abatida. Contamos para ello con el valioso estímulo de las voces de aliento que nos llegan de todo el continente; con la ayuda de lectores y simpatizantes; con el auspicio de un verdadero movimiento de simpatía y adhesión que se ha creado en torno de la revista.

Y estamos dispuestos a persistir. A seguir pregonando nuestro pensamiento. A alentar todas las inquietudes nobles, todas las manifestaciones de rebeldía contra las injusticias, de lucha contra la opresión y en favor de las libertades fundamentales. Y a servir de vínculo y nexo entre todos los hombres que comprendan que el instante actual nos señala el imperativo deber de coordinar esfuerzos y concentrar energías contra el totalitarismo y por la libertad e independencia de los pueblos de América.

LOS CAMINOS AMERICANOS

La unión de los pueblos es la más brillante expresión de federalismo, siempre que cada cual guarde su independencia y atributos de libertad. América no lleva otro rumbo y hacia esa fórmula política se dirige, si deducimos las consecuencias naturales de su tradición y la condición de sus habitantes.

Las revoluciones de la independencia y esta misma, son labor comunalista; es decir, de los núcleos comunales que se organizaron por intermedio de sus cabildos abiertos. Todos los intentos de liberación durante el siglo XVIII tuvieron ese origen. Uno de los ejemplos más interesantes lo tenemos en el esfuerzo del cabildo y comuna de Buenos Aires que proclama su rebeldía en 1810 y envía sus hombres hasta el alto Perú.

Toda la organización posterior a las revoluciones se efectúan a base de ciudades.

Nos encontramos pues con distintos fenómenos fundamentales en la verdadera historia de los pueblos americanos: el proceso revolucionario de la emancipación, empresa comunalista, y la organización de los pueblos en la primera mitad del pasado siglo, también empresa comunal, visión clara aun a través de las deformaciones causadas por las oligarquías que sucedieron a los caudillos.

Y en esta misma tradición revolucionaria encontramos una igualdad de ciudades que, cuando es rota por alguna otra más fuerte, con características y fuerza centralizadoras, levanta la protesta de las demás. Ellas impidieron la creación de un gran poder militar que hubiera traído para estos pueblos una esclavitud eterna e inaguantable.

A las comunas, ciudades y núcleos de pueblos americanos, verdadera raíz y médula de América agregaremos una que otra gran urbe (no más de 25) pero que no representan lo autóctono, por centralismo económico estatal, pues las ciudades rompieron en la independencia el poder español en su proceso de liberación.

Sobre metrópolis centralizantes y decadentes se asienta y forma el Estado moderno, que es la negación de las libertades y la absorción de la economía.

La fragmentación en tantas naciones, la herencia imperial y la servil imitación de Europa, consolidan al Estado fuerte al calor de la economía imperialista y desaparecen de América las libertades, haciéndose por tal mecanismo tierra de dictaduras, por más que se hable de democracia. Desde 1930 a 1940 no hay ningún país de Indoamérica que a través de su Estado no haya tenido su correspondiente dictadura más o menos larga.

El Estado crece y desarrolla con la fragmentación y desaparición de la labor y función comunal; es decir, lo vivo se transforma en muerto o con una vida apenas latente. Pero la emancipación no fué obra estatal; fué de pueblos, ciudades y comunas y esto es lo cierto y claro que la gente no quiere ver: está interesada por rutina y engaño en no ver la conexión entre su verdadero pasado y su verdadero porvenir.

La separación de los pueblos, provincias, ciudades y regiones americanas dió cabida al injerto estatal europeo que siguió creciendo y se hizo más fuerte a medida que se separaban o distanciaban por cualquier razón unos pueblos de otros; levantaron para encubrirse el mito de la protección externa y el orden interno. Junto a intereses imperialistas capitalistas nos llevaron a guerras entre hermanos como fueron la de la Triple alianza, la del Pacífico y la paraguayo-boliviana.

El Estado en los pueblos de América india sufre un notable desarrollo por la separación, por la fragmentación de los pueblos, por la desunión; y se levanta como cuerpo extraño de separación. Por ello es imposible un auténtico federalismo de Estados. No sólo hemos de referirnos al fracaso de los Estados reunidos en la Liga de las Naciones, sino a la total imposibilidad de unir aún en federaciones estables a Estados soberanos en América. Contamos también en la tradición con el fracaso de la federación centroamericana fenecida hace años.

Y son, a nuestro modo de ver, dos fuerzas antagónicas: la comuna y el Estado. El crecimiento de este último liquidó a los pueblos y ciudades americanas; el desarrollo y libertad de las segundas liquidará al primero.

Los Estados en América fueron necesarios mientras nos separábamos; mientras considerábamos erróneamente que podíamos formar núcleos separados y divorciados para siempre; cuando pensábamos que era posible bastarse a sí mismo y olvidarse de los vecinos y del mundo. Esto último constituye una perniciosa utopía. Retornemos a la unión, sin la cual la vida social colectiva de los grandes y pequeños núcleos es imposible, y a la unión verdadera y directa de los grandes núcleos.

En América lo esencial son sus miles de ciudades y los campos de trabajo (inclusive minas) en torno de ellas. Allá está la verdadera dinámica de todos los pueblos; no en las capitales y menos en los gobiernos.

Si creemos que se puede hacer una federación de gobiernos como los existentes actualmente, corremos hacia un rotundo fracaso. Hemos de alentar la autonomía, la personalidad de comunas y ciudades, la unidad de éstas y de las federaciones regionales provinciales, nacionales y continentales de estas comunas y ciudades representantes de la vida política y humana, inseparable del hombre organizado en comunidad (1). Tal fué el pensamiento altamente evolucionado de Lisandro de la Torre en los últimos años de su vida y de otros pensadores de este suelo, y tal la meta de una verdadera libertad política, que surja del hombre y que no sea dispensada por el poder, porque en este caso casi siempre se transforma en dictadura.

De cualquier manera, sea por los intentos nacionales o regionales federativos, la fórmula política de América es el federalismo, en armonía con la tradición y libertad.

LOS CAMINOS AMERICANOS DE LA REFORMA SOCIAL

Hemos visto cómo se establece una unidad entre las más aparentes que reales separaciones internas y externas; cómo lo interno es externo, muchas veces, por sus raíces y conexiones; cuáles son los mecanismos para el establecimiento de esta liberación.

Hace poco más de treinta años floreció en esa tierra de promisión que se llama la República Oriental del Uruguay un hombre extraordinario, José Batlle y Ordóñez. Comprendió antes que cualquier otro liberal de su época lo desmedido del poder estatal en sus antiguas fórmulas (las nuestras) y cuya manifestación directa estaba en los ejecutivos con poderes enormes. Inició reformas importantes. Fué su plan primitivo liquidar la presidencia de la República; es decir, la cabeza del ejecutivo, y transformarlo en una administración en base a un cuerpo colegiado de nueve miembros. Levantó esta bandera, la discutió primero en su partido y luego contra todo el mundo en una amplia Asamblea Nacional. A pesar de su brillante triunfo doctrinario la burguesía oriental no estaba preparada para aceptar tales innovaciones y se llegó a una transacción por la cual restaba el presidente con ciertos poderes y un Consejo Administrativo con algunos miembros elegidos cada seis años y renovados cada dos en la tercera parte. Consejo independiente del presidente y que abarcaba la administración.

Entre otras reformas se separó la iglesia del Estado, se estableció una legislación social con pensiones a la vejez e invalidez que 24 años después se aplican en Santa Fe; se estableció el salario mínimo para los peones y trabajadores del Estado, el descanso semanal obligatorio, prohibición del trabajo nocturno, seguros de accidente. La nación monopolizó gran número de corporaciones industriales, bancos, muelles, electrificación, ferrocarriles, tranvías, refrigeradores, monopolio de alcohol, petróleos, telégrafos, teléfonos, cemento, etc., etc.; se fiscalizó el capital extranjero y se llevó a la práctica, un programa de sanidad admirable, rematado por un nuevo código del niño. Se elevó el standard de vida de muchos obreros y fué el país de América con menos analfabetos y el más democrático conocido.

Pero en el año 1933 el presidente Dr. Gabriel Terra se dió a sí mismo un golpe de Estado (devino dictador) y en más o en menos se restablecieron las cosas como antes y el Uruguay retrocedió en 30 años restando sólo alguna legislación inofensiva. Desde entonces siguió a través de dictaduras disimuladas el camino de las otras democracias suramericanas.

El proceso de maduración social quedó interrumpido; la evolución de alto vuelo achatada; los hombres en la misma explotación y sujeción política...

El otro país de América que en este momento nos interesa se encuentra al norte; hemos nombrado a México.

México representa uno de los movimientos humanos más importantes del siglo XX, de amplias proyecciones para América. La revolución que empieza con Madero en 1910 se torna una avalancha de decisiones y reformas cuyo interés está vivo para el mundo entero.

Aparecida 8 años antes de la revolución rusa, puede afirmarse sin duda que es la verdadera contribución americana al progreso y evolución social del mundo. Significa un triunfo completo de las masas, una auténtica redención del hombre y la elección de su propio destino por un pueblo de trabajadores de todas las clases.

Liquida la conquista española, derrota la Iglesia, resuelve aspectos importantes dejados por la independencia colonial, destruye el latifundio, se reparten más de 60 millones de hectáreas entre los indios, se derrota al capital extranjero, libertándose con el famoso agregado de la Constitución de Querétaro, por el cual la tierra y el subsuelo son de la nación. Las empresas o compañías, para tener propiedad, han de atenerse a la ciudadanía mexicana, doctrina de nuestro famoso jurista Dr. Calvo, abandonada por todos nuestros presuntos patriotas, que cuidan más de sus propiedades materiales que del espíritu de la tradición.

Resuelve o plantea de un modo justo, como decíamos, el gran problema americano de la tierra, distribuyéndola de una manera comunalista más que individualista, de acuerdo con la gran tradición india.

En los aspectos del trabajo incorpora normas fundamentales, protegiéndolo y dándole los derechos correspondientes, aunque todavía subsistan ciertos aspectos del capitalismo. Nacionaliza los ferrocarriles, expropia los pozos petroleros pertenecientes a ingleses y norteamericanos, quita minas, surgiendo además un gran movimiento cooperativista.

En materia educacional crea la escuela rural, que es lo mejor de cuanto se ha realizado en el mundo en educación campesina, hasta la fecha.

Puesto en movimiento el pueblo mexicano después de siglos de explotación capitalista y sumisión del indio, levanta las bases de una nueva y profunda civilidad original y propia, la cual es su gran significado.

La revolución mexicana es una revolución americana auténtica y propia y este es su principal valor, lo verdaderamente serio que podemos presentar en el orden del progreso social los pueblos americanos, que es el gran camino de unión.

Para la unidad de América el método o los métodos elegidos o realizados por la reforma mexicana tienen mucha importancia y son los únicos que pueden colaborar directamente en la gran unidad. Este movimiento no podrá perderse nunca, por cuanto la reforma vino de abajo, se generó y propagó desde las masas. No hay poder humano capaz de desnaturalizarlo.

El pueblo mexicano está en las mejores condiciones para entrar en la realidad de la unión americana. Entraría sin imperialismo, sin intereses mezquinos, con sinceridad verdadera. Los caminos que le toca elegir los toma con determinación clara y contundente.

Trabaja hondamente por tales aspectos unitarios y se siente verdaderamente solidario con los pueblos sujetos y explotados del resto continental.

PERSPECTIVAS FINALES DE LA GRAN UNIDAD

Las grandes causas presentan generalmente grandes dificultades para triunfar. La unidad americana es problema de sentido y destino al mismo tiempo... Los pueblos van en esa dirección y llegarán a esa meta lejana aunque real. América será un solo país en el cual todos los pueblos estén unidos por vínculos solidarios y afinidades espirituales, no sólo por la unidad idiomática, afinidades ideológicas e interés en la producción o mercado, sino por una maduración histórica de la condición humana.

Las fuerzas reaccionarias, materialismos capitalistas imperiales y demás, los Estados poderosos dictatoriales que se opongan a ello, ya están vencidos en lo interno de cada pueblo y con mayor razón con la unidad constituida.

No queremos que América realice su unidad continental para armarse, ser fuerte o poderosa; esos son ideales capitalistas, resabios de su civilización. Nos uniremos para dar al hombre una máxima felicidad en esta tierra, para salvarlo de los terrores del hambre, angustia y miseria, resolver problemas esenciales que faciliten su ulterior desarrollo y su grande y esencial libertad; para traerle la paz a la cual se llega sólo por la transformación revolucionaria.

Aunque hayamos sido lapidados por las dictaduras, América es tierra de libertad. La unidad liquidará las condiciones externas de nuestra separación, y las internas que nos torturaban serán sobrepasadas por las más grande reconstrucción vista por los tiempos...

Por JUAN LAZARTE

DE LA REFORMA SOCIAL

(1) Por ello la Constitución mexicana, que limita grandemente sus comunas, en el artículo 115, se ve obligada a aceptar, como base de la división territorial y de su organización política y administrativa, el municipio libre.

PAZ Y RECONSTRUCCION POSBELICA

ENCUESTA MUNDIAL *organizada por HOMBRE DE AMERICA*

1° — *¿Cuáles deben ser a su juicio las características principales de la reconstrucción posbélica?*

a) *En el orden político:* ¿Se mantendrá la actual estructura de división por naciones? ¿Se podrán constituir grandes uniones regionales y continentales? ¿Es el federalismo el sistema más adecuado de relación entre los pueblos? ¿Cuáles son las fallas más notorias de los regímenes democráticos que habrá que superar? ¿Cómo impedir que las naciones de mayores recursos o más industrializadas avasallen a los pueblos más pobremente dotados?

b) *En el orden económico:* ¿Cuál será el papel del capitalismo privado? ¿Es conveniente una centralización económica estatal? ¿Se podrá socializar la tierra y aplicar este sistema como solución a otros importantes problemas económicos? ¿Cómo contrarrestar a las fuerzas que pugnarán por hacer perdurar la expansión imperialista?

2° — *¿Qué contribución puede aportar América a la paz y la reconstrucción mundial?*

3° — *¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la pasada contienda?*

A. Díaz Urrieta

Militante socialista libertario, de destacada actuación en nuestro país y en varias naciones del continente.

Apenas estallada la actual contienda y aun antes que ella adquiriera las vastas proyecciones que la califican de mayor magnitud y trascendencia que la anterior guerra mundial, la preocupación dominante en todos los espíritus avizores —por encima del propio desenlace militar de la lucha— consistió en este angustioso interrogante: ¿Qué vendrá después de la guerra? Es decir, ¿qué régimen, qué orden de cosas, qué sistema de convivencia iría a reemplazar, sobre un plano mundial, este orden inestable, injusto, contradictorio y opresivo, que hemos conocido hasta el comienzo de esta conflagración? La incógnita sigue planteada con igual intensidad, pese a que ya se vislumbra claramente cuál bando será el vencedor en el terreno puramente bélico.

Nadie, a poco que reflexionara sobre la cuestión, podía admitir que después de una conmoción tan profunda en todos los órdenes de la vida colectiva, como la causada por la presente guerra, hubiera la posibilidad de volver a reconstruir simplemente el sistema político, económico y social de anteguerra. Sin necesidad de escudriñar mucho en la historia, había que admitir necesariamente que una suposición semejante —la vuelta al precario *stato quo* de 1939— era un verdadero absurdo, un anacronismo mental, si así puede decirse.

La anterior guerra mundial, que por muchas razones fué menos profunda y abarcativa que la actual, produjo, como se sabe, muchos cambios revolucionarios en el panorama político y social de casi todos los países, incluso, por reflejo, algunos que no participaron en el conflicto. No sólo destruyó los más vetustos imperios europeos, alumbró una gran revolución que pretendió realizar prácticamente el socialismo, promovió otros movimientos renovadores —lamentablemente sofocados o desviados luego— sino que de hecho y al margen de las innovaciones producidas en el orden institucional de las naciones, promovió un cambio sustancial en la manera de pensar, de sentir y de reaccionar ante los problemas colectivos, en la mayoría de la población de lo que se llama mundo civilizado. Lo que significó, entre otras cosas, la caducidad e inoperancia de las normas de la moral tradicional.

Verdad es que las consecuencias dominantes de la anterior guerra mundial, se expresan más propiamente por las *frustraciones* que por creaciones positivas. ¿Qué otra cosa sino una terrible frustración fué la paz de Versalles? Y en otro sentido, ¿no fué acaso una frustración más trágica aun, la revolución rusa de los "Consejos de obreros, soldados y campesinos" que debía realizar los ideales del socialismo, desembocando en cambio en un Estado totalitario? En rigor, puede afirmarse que el fascismo surgió como producto natural de ambas grandes frustraciones. El fascismo es, sustancialmente, un producto de la exacerbación y del fracaso. Fracaso de la paz burguesa e imperialista. Fracaso del socialismo dictatorial. Como consecuencia, profunda decepción en la masa popular, odios impotentes, delirios nacionalistas, reacciones morbosas; todo ello articulado y canalizado por demagogos criminales hacia su propia conquista del poder.

A pesar de todo eso no puede afirmarse que todo fué negativo en los cambios producidos después de 1918, como consecuencia de la guerra mundial. No es tampoco éste el momento de discriminar acerca de la validez de los mismos en un sentido progresivo. Para nuestro propósito inmediato, basta señalar que hubo profundas alteraciones en las normas de convivencia y que en verdad, se *presentaron a los pueblos múltiples oportunidades para lograr su real emancipación y evitar la repetición de la catástrofe bélica.* Bien sabemos que, por desgracia, tales oportunidades no fueron aprovechadas y la consecuencia la paga la humanidad con un nuevo diluvio de sangre y de horrores.

Ahora ,se plantea nuevamente el tremendo problema. ¿Serán capaces los pueblos del mundo de aprovechar las lecciones del pasado y las nuevas oportunidades de emancipación que el nuevo período posbélico habrá de ofrecerles?

Entendemos que tal es el sentido de la encuesta organizada por HOMBRE DE AMERICA, encuesta que entraña una plena identificación con las inquietudes más legítimas de la hora actual.

Antes de contestar a la cuestión de cuáles *deben ser* a juicio del que suscribe las características principales de la reconstrucción posbélica, lo que equivale a exponer, siquiera sea sumariamente, el propio credo político-social —independientemente de sus posibilidades de aplicación inmediata— queremos referirnos al otro aspecto de la encuesta, que implica en cierto modo opinar sobre lo que *podrá suceder* en realidad y sobre el juicio que pueden merecernos determinados sistemas políticos y económicos, ya experimentados.

Cabe consignar, en primer término, que la compleja situación actual y la que habrá de sobrevenir inmediatamente después del cese de las hostilidades, hace sumamente aventurada cualquier *predicción* concreta acerca del orden de cosas que habrá de suceder al actual período de transición. Hay demasiadas fuerzas en juego, demasiados factores encontrados en acción para que ni aun aquellos que actualmente detentan el poder en el bando virtualmente triunfante en la guerra, puedan afirmar con certeza cuál será el régimen que se impondrá de un modo estable y definitivo, después de la guerra. Ni siquiera esos poderosos grupos y clases dirigentes pueden establecer que lo *deseable* para ellos, será lo real en la posguerra. Lo cual, afortunadamente, abre ciertas perspectivas a la acción independiente de los pueblos.

Por lo demás, no debe admitirse de antemano la existencia de un incontrastable determinismo de las circunstancias, que excluya la intervención de la voluntad colectiva y la eficacia de una acción previsora. Por lo contrario, creemos que tal voluntad debe estimularse en todas partes, a fin de que juegue un papel determinante en la reconstrucción mundial. Todo depende, en última instancia, de la intensidad con que actúe ese resorte de la acción colectiva y de la orietación que la guíe. Una vez más estamos ante posibilidades *latentes*, condicionadas. Lógicamente, cualquier "predicción" que se hiciera sobre el futuro inmediato, sólo puede referirse a posibilidades aleatorias.

Las tendencias generales que desde ahora se insinúan fuertemente significan una irremisible condena contra la estructura política de anteguerra, en lo que se refiere por lo menos a las regiones afectadas directamente por el conflicto. La división en naciones separadas por fronteras artificiosas y absurdas barreras aduaneras, fué señalada por los escritores de más amplia visión de los últimos veinte años, como una de las más peligrosas supervivencias del pasado. A medida que progresaban vertiginosamente los medios de comunicación y de trasporte y la interdependencia económica de las distintas regiones se convertía en una realidad más evidente, resaltaba la aberración de un sistema que comprimía la vida económica de los pueblos como un zapato chino y sólo abría como única perspectiva de expansión la de la guerra y la conquista. Ya en 1908, Norman Angel, en su "Gran Ilusión" había denunciado los peligros que encerraba esa tremenda contradicción, que hacía actuar a los diplomáticos y estadistas en un sentido diametralmente opuesto al que aconsejaba el buen sentido, junto con las enseñanzas de la economía y del progreso tecnológico. La falsa paz de Versalles vino a agravar todos los problemas, multiplicando las fronteras allí donde había que eliminarlas y creando así nuevos motivos de fricción y conflictos latentes.

Como se sabe, una de las armas de la propaganda nazi, consistió en la crítica de ese sistema político que dicha propaganda identificaba con la democracia. El "nuevo orden" hitleriano, inspirado en un violento nacionalismo imperialista, pretendió llegar a una organización europea unificada, desde luego, bajo la férula del *herrenvolk* germano, que implicaba de hecho la supresión de las naciones "soberanas", así como también de las trabas políticas y aduaneras que conspiraban contra el mayor desarrollo económico del continente. De haber logrado Hitler realizar este aspecto de su siniestro programa, es indudable que hubiera alcanzado el más alto grado de eficiencia organizadora y hubiera contado con riquezas muy superiores a la que en conjunto podía ofrecer una Europa fraccionada y dividida por soberanías nacionales. Así, los nacionalistas extremos dentro de cada país —declarados filonazis— habrían contribuído directamente a la destrucción del nacionalismo.

Los estadistas aliados, por su parte, se han rehusado a hablar claramente del problema, pero cada vez se desprende más de los discursos de los grandes líderes, que no piensan en volver a una estructura a base de las viejas soberanías nacionales, pese a la vaga declaración de la "Carta del Atlántico" que según una reciente insinuación de Churchill, sólo significa una expresión de anhelos espirituales. Los planes prácticos de reconstrucción no han de tener en cuenta seguramente tales soberanías como hecho real, sino cuando mucho como unas ficciones políticas necesarias para no irritar viejos prejuicios nacionalistas que tardan mucho más en desaparecer que las propias instituciones que sobre ellos se sostenían. Se habla cada vez más de la responsabilidad que tienen las grandes potencias de asegurar un orden estable en la posguerra. Lo que dicho claramente significa que la organización del mundo después de la guerra habrá de realizarse de acuerdo con los intereses de los grupos dominantes de Gran Bretaña, Estados Unidos y Rusia, en el supuesto de que estas tres potencias pudieran llegar a un acuerdo, eliminando o postergando la posibilidad de nuevos conflictos de rivalidad imperialista entre ellas. En tal caso, cabe descontar que la estructura política resultante en todo el mundo, cualquiera fuera su apariencia exterior, significará un conjunto de entidades regionales girando dentro de la órbita de las referidas grandes potencias. Habría, en tal sistema, una cantidad de gobiernos "nacionales", quizás diversos parlamentos y sin duda distintas banderas, como homenaje a la tradición. Pero las naciones soberanas, rivales, "autárquicas", difícilmente habrán de restablecerse. Salvo que tal rivalidad se refiera a los tres grandes, con sus respectivos grupos satélites. En tal caso, lo más probable es que se produzca una nueva y más espantosa guerra mundial, cuyas consecuencias difícilmente pueden imaginarse.

Desde luego, semejante perspectiva no puede sernos grata, aun en el supuesto de que ocurriera lo menos malo dentro de la misma; es decir, que se logre mantener la paz por un tiempo indefinido. De hecho, tendríamos un régimen mundial de tipo imperialista, con tiranías locales y regionales lo suficientemente fuertes como para reprimir las rebeliones populares, convirtiendo la libertad en una gran abstracción, vacía de sentido. Si el "nuevo orden" esclavista de Hitler nos horroriza profundamente, este otro orden que tratan de establecer los estadistas democráticos, con la alianza de Stalin, de ningún modo puede satisfacernos. Será, si los pueblos no lo impiden, una variante totalitaria de la democracia capitalista. La intervención de Stalin en la nueva estructuración mundial, lejos de constituir una garantía para la libertad y el socialismo, como algunos creen ingenuamente, ha de acentuar el carácter totalitario y burocrático del nuevo sistema, con la subsistencia de los viejos males del capitalismo. Desde que el stalinismo renunció a la revolución socialista y acepta la colaboración política incluso con los sectores más reaccionarios de la burguesía sedicente democrática, su influencia en la reconstrucción posbélica sólo puede manifestarse en un sentido reaccionario.

Ahora bien. Si consideramos caduco y superado por los hechos el sistema político de las *naciones soberanas*, tal como lo hemos conocido hasta ahora y si tampoco consideramos aceptable ese otro sistema de protección imperialista que se está insinuando como probable consecuencia del

una organización federalista de las diversas unidades nacionales, regionales y continentales, hasta llegar a una auténtica colaboración y verdadera *interdependencia* de los diversos grupos étnicos. En realidad, cuando se habla de una reconstrucción mundial sobre la base de la "responsabilidad" de las grandes potencias —idea que le parece aceptable al maestro Nicolai— o se insinúa la posibilidad de un super Estado que evite conflictos interestaduales, se trata siempre de llegar a este mismo objetivo: realizar la colaboración entre los pueblos sobre una escala mundial, evitar una nueva guerra en igual escala. Nosotros queremos alcanzar el mismo fin, pero sin sacrificar la libertad de los pueblos, sin correr el riesgo de establecer nuevas dictaduras, dotadas de un formidable poder de coerción. En vez de la concentración de poder que significa cualquier especie de super Estado, nosotros postulamos la mayor descentralización posible del poder, en un ordenamiento orgánico establecido por técnicos y economistas que, por primera vez en la historia, tuvieran en

RESPUESTAS PUBLICADAS EN LOS NUMEROS ANTERIORES:

Dardo Cúneo, Diego Abad de Santillán, Dr. Angel Ossorio y Gallardo, Dr. Andrés Townsend Ezcurra, Ing. Jacobo Maguid, Dr. Jorge F. Nicolai, Dr. Josermo Murillo Vacareza, Dr. Saúl Taborda, Dr. Emilio Frugoni, Justino Cornejo, Dra. Paulina Luisi, Gerardo Gallegos, Agustín Souchy, Rafael Larco Herrera, H. G. Wells y Ricardo Quijano Flores.

triunfo de las democracias, ¿qué otro sistema de convivencia entre los pueblos podríamos ofrecer; un sistema viable, a tono con las actuales necesidades económicas del mundo, capaz de garantizar la paz a las generaciones futuras?

A nuestro juicio, un tal sistema sólo podría hallarse en cuenta las necesidades reales de los pueblos y no los intereses particulares de tal o cual grupo dominante. Semejante ordenamiento será todo lo difícil que se quiera en las actuales circunstancias, pero estamos firmemente convencidos que, a menos que la humanidad se oriente en ese sentido —que después de todo no sería más que el simple "buen sentido" a que se refería Norman Angell, jamás se librará de la amenaza de terribles y aniquiladores conflictos bélicos.

La diferenciación entre el aspecto económico y el aspecto político, en lo referente al nuevo orden posbélico sólo puede hacerse mediante la abstracción mental. De hecho, lo político y lo económico se entrelazan cada vez más, hasta constituir un todo inextrincable. Cabe señalar, sin embargo, que el capitalismo privado hace gigantescos esfuerzos por sobrevivir y continuar siendo la fuerza dominante en la sociedad. Los mismos estadistas que confeccionan planes de dominio mundial y se disponen a realizar grandes cambios en la estructura política, son decididos partidarios del capitalismo privado, al que tratan de salvar a toda costa. En ese aspecto siguen siendo tímidamente conservadores, encontrándose además trabados por la influencia, aun preponderante en Estados Unidos y Gran Bretaña, de la alta burguesía que defiende celosamente sus privilegios, su "libertad de iniciativa" frente a las exigencias de un Estado cada vez más absorbente. Esa burguesía persiste en querer servirse del Estado como instrumento y "guardián del orden", al viejo estilo. De ahí que desconfíe de las reformas que propician los estadistas más avanzados de su propia clase y tema un ensanchamiento estatal que necesariamente habrá de absorberla.

Creemos, sin embargo, que el capitalismo privado, pese a las posiciones que aun detenta en los principales países, ha de ir perdiendo terreno, hasta desaparecer como fuerza directiva de la sociedad. Sin duda, antes que eso ocurra, habrán de producirse aún grandes luchas y conflictos sociales, pero el capitalismo está tan condenado por la evolución histórica, como lo estuvo antes el sistema feudal. Así como el feudalismo ha sobrevivido en algunos aspectos, a través de varias revoluciones, es posible que también el capitalismo se mantenga aún en manifestaciones lejanas y secundarias, sin que ello implique de ningún modo caracterizar determinado régimen en vigencia.

La absorción del capitalismo por el Estado es un proceso evidente, proceso que la guerra ha hecho más acelerado. Incluso en países tan alejados de la contienda como la Argentina, el Estado invade cada vez más el dominio del capital privado, en forma de regulaciones económicas que cada vez se acercan más a una participación dominante en la dirección de las industrias y del comercio. Formas larvadas de capitalismo de Estado se perciben en todas partes y cabe suponer que los complejos problemas inmediatos de la posguerra darán nuevos pretextos a los diversos Estados, para intervenir en la economía. Así, puede ocurrir que aun sin que se produzca la revolución violenta que tanto temen los "hombres de orden" nos encontremos bajo un régimen de capitalismo de Estado, o sea, una vez más, una variedad de sistema totalitario.

Para muchas personas que se consideran progresistas, tal perspectiva puede parecerles auspiciosa. Nosotros nos permitimos dicrepar fundamentalmente de tal posición, por la misma razón que estamos en contra de un super Estado protector e imperialista. En definitiva, se tratará siempre de someter a la gran masa productora a un régimen coercitivo, bajo un patrón omnipotente, cuyas órdenes no pueden discutirse y cuya voluntad no puede contrarrestarse en modo alguno. Aun admitiendo que tal sistema pueda garantizar la satisfacción de las necesidades primarias de todos los hombres —alimento, techo, abrigo— quedaría siempre el hecho humillante del privilegio de clases, ocupando el lugar de la vieja burguesía, la clase burocrática dirigente del Estado, sin vestigios de libertad, de democracia... ni de socialismo.

Creemos que la humanidad tiene ya una experiencia demasiado dolorosa del estatismo totalitario, para que tales ensayos se generalicen y se apliquen como norma definitiva del futuro. No obstante, todo indica que existe el peligro que así ocurra, si no se modifica radicalmente la tendencia actual de los acontecimientos, si se permite que los grupos dominantes organicen a su modo el mundo de mañana.

¿Quién y cómo podría evitarse eso? ¿Qué fuerzas podrían actuar en un sentido realmente progresivo, estableciendo una organización racional y justa, garantizando la paz, sin sacrificar la libertad?

A nuestro juicio, tales fuerzas existen en estado latente en todos los países y la gran cuestión estriba en hacerlas surgir a la superficie y adoptar una posición activa y determinante. Son las fuerzas del trabajo, de la técnica, de la ciencia, de la producción creadora en todos los órdenes de la actividad humana. Hasta ahora ellas han sido postergadas o sometidas a la dirección de los grupos privilegiados, de los técnicos del poder y de la riqueza, para quienes poder y riqueza son de por sí los más altos fines en cuyo homenaje todo puede sacrificarse. Es hora que los pueblos se organicen para el bienestar y la libertad de todos y que los eternamente oprimidos y sean al fin dueños de sus destinos.

Esto implicaría cumplir la gran obra transformadora y revolucionaria que se insinuó y fué frustrada al final de la anterior guerra mundial. La que se expresó en las iniciales reivindicaciones socialistas y federalistas de la revolución rusa de 1917, la que inspiró los movimientos revolucionarios de Hungría y Baviera, dos años después y que floreció heroicamente en España de 1936 a 1939. Es bien visible que si algo temen los grupos dominantes, que desde ya se preparan a imponer su dominio al mundo, es que esa labor transformadora se reinicie después de la guerra. Todos sus planes y previsiones tienden precisamente a evitarla y reprimirla.

Reconocemos que las posibilidades inmediatas parecen estar en favor de las fuerzas del privilegio y de la reacción. Pero nadie podría afirmar que, a pesar de sus formidables ejércitos y demás resortes de dominio, tal situación se mantenga indefinidamente. Frente a un despertar general de los pueblos, los ejércitos pueden disolverse y los poderes más firmes, caer por tierra. No queremos hacer ninguna especie de vaticinios en ese sentido. Pero sí podemos afirmar con plena convicción lo siguiente: o se logra un cambio fundamental en la estructura social de las naciones, desplazando las fuerzas tradicionales del privilegio y organizando racionalmente las relaciones entre los pueblos, o la humanidad continuará siendo víctima de guerras y dictaduras indefinidamente.

DIALOGO ENTRE UN ORIENTAL Y UN OCCIDENTAL

Por LUIS ORSETTI

DIVAGACIONES EN TORNO DE LA VIDA Y DE LA FILOSOFIA

Existía en otros tiempos cierto monje que se había hecho conocido por el apodo de "Así será". Cuentan de él que había llegado a tal grado de desprendimiento de las pasiones humanas, siguiendo el ejemplo de Buda, que asentía a todas las cosas, aun a las más adversas, con una resignación ejemplar. Respondía a menudo, a quienes le dirigían la palabra, lleno de humildad, con una expresión que se hizo popular: "Si tú lo dices, así será".

Un día, mientras recorría el Japón, acertó a pasar por una aldea, donde se detuvo a reposar. Sucedió que un rústico campesino andaba desesperado en busca de sus típicos zuecos de madera, que allí llaman "bokuri", y viendo al monje acostado observó sus zuecos y le dijo en tono de reconvención:

—Dime, esos zuecos que llevas, ¿no serán ajenos?

Miró el monje sus zuecos y miró luego los pies descalzos del campesino. Se los quitó y alcanzó, diciéndole:

—Si tú lo dices, así será.

El campesino se retiró contento, pero al poco tiempo volvió confuso, trayendo de vuelta los zuecos y calzando los suyos, que había hallado ya.

—Perdóname —rogó—. Me he equivocado al creer que habías tomado mis "bokuri". Aquí te los devuelvo.

Y el monje tomó de nuevo sus zuecos de madera y respondió, sonriendo:

—Si tú lo dices, así será.

Cuando el asiático terminó su relato rieron ambos de buena gana.

—Tiene todo el sabor de una anécdota griega, de una de esas admirables salidas comunes a estoicos y cínicos —comentó el blanco—. Y dentro de su profundidad tiene, a la vez, algo de cómico.

Con una admiración que casi era unción, exclamó el oriental:

—Pero ¡qué sabiduría encierran tan pocas y simples palabras! Era la suya una posición ante la vida, de soberana dignidad, y su moral tan elevada que difícilmente se alcanza ya. En nuestros días existen muchas filosofías y doctrinas, y todas son desoladamente impotentes para crear una moral viva.

—No debemos perder de vista que esas actitudes, como muchas de las expresiones morales antiguas, son propias de una época en que las relaciones sociales eran sumamente simples y casi patriarcales. Transportadas a épocas posteriores, esas fórmulas, como aquella famosa de Confucio sobre la "moral del gobernante", pierden eficacia, porque se hallan en medios de complejidad creciente. Principios admirables, muchos de ellos, pero hijos todos de concepciones primitivas. La moral china encuadra en su compresión del universo, en su idea egocéntrica del Imperio del Medio, en sus principios opuestos y rítmicos de la naturaleza, en su concepción de la "continuidad" y reciprocidad de las acciones humanas y de los fenómenos celestes.

Así mismo, la moral budista, que nace de una visión del cosmos incomparablemente más profunda y más filosófica, pierde fuerza a causa de su extremo alejamiento del mundo, en un siglo de ritmo acelerado y dinámico por excelencia. Ya no sería posible que el hombre se apartara, renunciando a todo. El mecanismo social de hoy lo arrastra, y poca o ninguna pausa le deja para entregarse a sus meditaciones.

—No lo creo así. Lo que se mantiene vivo de la filosofía china, de la doctrina budista y de la cristiana es tan válido hoy como lo fuera en el pasado. Hay en ellas una fuerza que se comunica al hombre, cuando lo pone frente a sí mismo y al universo, y al ligarlo a un algo "extrahumano". Da sentido a la vida, porque le quita su insostenible y desolado "mecanicismo". Une a los hombres, al hacerles comprender que su origen no es puramente fortuito y al hacerles ver que la vida no carece de finalidad. Y, en su aspiración a una conducta mejor, todas las morales se parecen, pues buscan hacer del hombre algo más que un animal.

Ejemplos como el del monje de los zuecos tienen un valor inapreciable, pues demuestran que es posible aligerarse de algunas de las pasiones que más conspiran en contra de la felicidad humana. Si los que guían o gobiernan a las naciones estuvieran dotados de ese espíritu de indiferencia a los halagos de los sentidos el mundo sería más habitable.

—Sin embargo, hay fuerzas que se sustraen a las inclinaciones morales y religiosas. Ciertas condiciones hacen a un pueblo más o menos bélico, más o menos activo, más o menos creador. Y como en el entrecruce de las relaciones humanas algunos días parece que asumiera la dirección uno de esos impulsos, vemos que a veces la moral queda relegada a un plano subalterno. Por ejemplo, en nuestra sociedad mercantilista, el que dirige los destinos es el mejor dotado para el comercio y no aquel que más elevado espíritu posea. La vida comercial o política tiene sus leyes, despóticas a veces, y no pocas en pugna con la moral.

—He ahí una actitud mental muy característica de Occidente. La mayoría de los pensadores pretende desmenuzar al ser humano en innúmeras partículas, sin nexo alguno que las una. Así desligan el sentido moral del político, el comercial del espiritual, y crean leyes que se contraponen entre sí. Nosotros concebimos al hombre como un todo armonioso y pensamos que las leyes morales que lo rigen son universales y no pueden ser invalidadas por leyes que respondan a una particularidad de su vida.

—Sin embargo, me toca ahora a mí hacerle observar que su concepción es demasiado racional. Digo racional porque su filosofía no admite que haya en el ser humano algunas fuerzas que se substraen a la razón. ¡Cuán a menudo sucede que los hombres más íntegros en un sentido sean, en otro, débiles! La pasión tiene su lógica, mejor dicho sus leyes, a veces tiránicas y por encima de toda moral. No es cosa poco corriente que pequeños vicios estén al servicio de grandes virtudes. Todo aquel que tiene relaciones con artistas, escritores, etc., habrá observado que a menudo están llenos de una vanidad enfermiza. Quizá sea esa vanidad un resorte oculto que los impulse a la creación, y le sirva de acicate y estímulo a su obra. Si estuvieran desprovistos de ella, muchos artistas tal vez no hubieran llegado a serlo.

—He ahí de nuevo el hombre desmenuzado. Un artista, un pensador o político que no es íntegro carece de valor. Y si se analiza bien su obra se verá que carece de esa fuerza que sólo puede infundirle una integridad del hombre, una armonía entre el espíritu y su vida y actos.

—El equilibrio es a veces producto de la pugna entre fuerzas opuestas. Del choque de pasiones puede nacer una superación que, de otro modo, quizá no se hubiera logrado. El psicoanálisis demostró...

—Por favor, no pasemos a otros terrenos. Nosotros padecemos hoy de un mal incurable: el exceso de lecturas. Leemos mucho, pero superficialmente. Los libros se multiplican, las teorías, doctrinas y filosofías brotan por todas partes. Técnicos alemanes se divierten creando una pedante terminología, insufrible y vana. Estoy convencido de que todo el problema filosófico se puede reducir a unas cuantas cosas muy sencillas. Y, en definitiva, lo que da vida a una escuela es la fe. Mientras se crea en sus ideas tendrá ella valor. Así, cuando el mundo tuvo fe en el budismo, todo se hizo coherente dentro de él, y se vivificó; lo mismo cuando apareció el cristianismo o las doctrinas sociales. Vosotros, hombres de hoy, leéis mucho, conocéis muchas filosofías, pero no creéis en nada: por ello es que vuestra vida es vacía e improductiva.

LAS CUATRO ETAPAS DEL AMERICANISMO

En verdad se ha dicho que la epopeya suramericana fué un movimiento espontáneo y común. Respondía a una concepción continental, porque todas las colonias sufrían por igual el yugo ibérico. Desde Bolívar a Moreno, de Bilbao a Monteagudo, de Hostos a Alberdi, todos los revolucionarios de la emancipación y sus continuadores preconizaron la idea federativa americana. En este sentido, América se adelantó y se diferenció de Europa en política internacional.

En los escritos y correspondencia de Bolívar, junto a su clamor de "Unidad, Unidad, Unidad, debe ser nuestra divisa", se destacan su visión profética como precursor de la Sociedad de las Naciones, su proyecto de la Liga Anfictiónica, de la Grande América, su anhelo de internacionalizar la doctrina de Monroe, su convocatoria del Congreso de Panamá, su alocución a los "habitantes del Río de la Plata: "La República de Venezuela, aunque cubierta de luto, os ofrece su hermandad. Y cuando, cubierta de laureles, haya extinguido los últimos tiranos que profanan su suelo, entonces os convidará a una sola sociedad, para que nuestra divisa sea unidad en la América meridional". Artigas, el intuitivo caudillo de la emancipación uruguaya, era federalista americano, y al afirmar que todo enemigo de cualquier país de América sería enemigo de su país, enunció el primer postulado de la solidaridad americana. Y como Artigas y Bolívar, también Egaña y O'Higgins, Del Valle y Martí, y tantos otros, compartieron el común anhelo de unidad americana.

Cuando las naciones de América del Sur proclamaron su independencia casi simultáneamente, Estados Unidos les llevaba cuarenta años de ventaja. Era ya una nación formada. Jefferson, redactor de la Declaración de la Independencia, en 1776, había expresado: "Toda nación americana debe ser soberana, con absoluto dominio de sus propios destinos y completa independencia de los sistemas del Viejo Mundo". Lo mismo pensaron Wáshington, Franklin y Payne. Tres discípulos de Jefferson (Clay, Monroe y Blaine) dieron vida material a su pensamiento diferencial del europeo y dirigieron su mirada hacia América del Sur. Sanos eran sus propósitos, pero la realidad, más que política, económica, se encargó de desvirtuarlos. Es lo que aquí veremos a renglón corrido. Jefferson fué el creador teórico del monroísmo, cuando dijo: "América, así la del Norte como la del Sur, tiene un conjunto de intereses diferentes de los europeos, y enteramente peculiares". El monroísmo es la primera etapa del americanismo.

I

Cuando la doctrina de Monroe fué postulada en 1823, Europa se había convertido en una bestia voraz de conquistas. Como una reacción contra las intromisiones europeas extraterritoriales en Asia, Africa y América, que se habían convertido en creciente norma habitual, sostenida jurídicamente como igualdad de oportunidades, disputa de presas sin control mutuo, ansia incontenible de rivalidad en la conquista, la doctrina de Monroe se justificaba. El desarrollo potencial de los Estados Unidos le permitió afrontar la amenaza europea, sobre todo de la Santa Alianza, formada principalmente por Rusia zarista, que tendía a suprimir todos los sistemas republicanos y a volverlos monárquicos bajo el absolutismo del Viejo Mundo. Rusia cumplía en ese tiempo el mismo papel que Hitler en la actualidad, con su plan de conquistar a Europa, y con tendencia a cruzar el océano y sojuzgar el continente americano, cuyos países seguían siendo colonias tributarias, a pesar de su independencia política. Hay que reconocer que la actitud decidida de Estados Unidos, con el beneplácito de Inglaterra, salvó a América del Sur, débil y aun no repuesta de su lucha emancipadora, de los planes de reconquista de la Santa Alianza. Pero lo que había previsto Jefferson se fué más tarde produciendo: la desnaturalización de la doctrina, y ella se produjo por gravitación misma de los acontecimientos, ya que por el proceso del imperialismo naciente, Estados Unidos se aprovechó del monroísmo, acaparando para él la facultad de intromisión en países americanos, negada a las potencias europeas. Fué el punto de partida de su posterior hegemonía, que provocó lógicos recelos en Centro y Sur América. Lo que siguió después fué panamericanismo viciado; formas diversas, crudas o atenuadas, de monroísmo. La manera de presentar y aplicar la doctrina de parte de Estados Unidos fué en innúmeros casos un pretexto para apresurar su expansión imperialista, para acrecentar su capitalismo. Le sirvió para justificar sus incursiones a mano armada, a fuerte mano armada, en los países de Centro América, y con política hábil y encubierta en países de Sur América. Esta política duró mucho tiempo. Fué creciendo cierta oposición en los países del Sur, porque los del Centro apenas si podían respirar bajo la atmósfera imperialista. Pero Estados Unidos prestó oídos sordos, acostumbrándose a ser un país tutelar, penetrando política y económicamente en los países de América en formación, estableciendo una función supervisora continental. Los congresos continentales fueron instrumento eficaz de su política internacional americana.

II

El primer síntoma de panamericanismo jurídico, protocolar, surge en 1822, en el tratado bilateral de Colombia y Perú. En 1828, Rivadavia sostuvo que no debían reconocerse conquistas territoriales por la fuerza. En 1865, después de la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay, el ministro argentino Varela proclamó que "la victoria no da derechos", negando conquista territorial, tesis que conmovió al mundo. Se realizan congresos americanos parciales. En Lima, en 1847 y en 1864, se proyecta el arbitraje obligatorio. Colombia convoca al segundo congreso de Panamá en 1881 (el primero fué iniciativa de Bolívar en 1826).

En realidad, Estados Unidos fué aislacionista para sus "hermanos" del continente. Según Sumner Welles, "había que vencer el temor tan profundamente arraigado de que la participación de Estados Unidos provocaría la hostilidad de las potencias europeas". Vano pretexto. Después de seis decenios de aislamiento en los congresos y de intromisión político-económica en la práctica, Estados Unidos, por intermedio del gran estadista James Blaine, inspirado en Henry Clay, convoca a la primera conferencia internacional americana. Blaine era ferviente bolivariano. Tuvo que luchar contra una guerra sorda de los proteccionistas. En el seno de la Conferencia de Wáshington, en 1889, surge la Unión Panamericana, formalizada al año siguiente, el 14 de abril de 1890, hoy "Día de las Américas". Es en esta primera conferencia de Wáshington donde el delegado argentino Sáenz Peña formula su réplica al monroísmo: "América para la humanidad". Estados Unidos puso especial cuidado en atenuar los efectos de su nociva doctrina intervencionista (paradojalmente, lo era más cuando defendía el aislacionismo), pero no se ocultó el verdadero móvil de la conferencia, o sea, la búsqueda de acuerdos comerciales, intercambio interamericano a favor suyo. El arbitraje obligatorio, la igualdad jurídica de los Estados, fué el telón de efecto de dicho móvil.

A un año después del segundo congreso internacional americano de México, en 1901 (en el que se aprueba la construcción de la carretera panamericana, que aun no se ha terminado totalmente), ocurre un hecho trascendental: Inglaterra, Alemania e Italia envían una fuerza expedicionaria naval conjunta frente a Venezuela para compulsarla al pago de deudas, so pena de desembarco. Es de hacer notar que la doctrina Monroe, en uno de sus puntos, enunciaba que "no deberá haber engrandecimiento territorial por cualquier potencia no americana a expensas de cualquier potencia americana, en suelo americano"; pero luego, separando inverosímilmente lo político de lo económico, agregaba: "Esa doctrina no tiene que ver con las relaciones comerciales de cualquiera de las potencias americanas, ni garantiza a ningún Estado contra la represión que su conducta pueda acarrearle". Esta primacía comercial sobre la libertad de un pueblo resultaba insólita. El 18 de julio de 1902, el ministro argentino Drago envió una nota a Wáshington protestando contra aquel despliegue naval: "La deuda pública no puede provocar la intervención armada ni mucho menos la ocupación material del suelo de las naciones americanas". Esta resuelta posición podía valer también para la ocupación militar imperialista en aguas del Caribe por fuerzas expedicionarias de Estados Unidos.

En realidad, la doctrina Drago no fué oposición, sino complemento de la de Monroe, pues se opuso, al igual que ésta, que intervengan en América las potencias extranjeras, pero defendió en cambio la integralidad y universalidad de América en sus relaciones con el mundo entero. En el tercer y cuarto congreso, de Río de Janeiro (1906) y de Buenos Aires (1910), se discutió y aclaró aún más la doctrina monroísta. Y en el sexto congreso de La Habana, en 1928 (el quinto se realizó en Chile en 1923), a raíz de haber ocupado Estados Unidos a Nicaragua, la Argentina dejó oír su voz en defensa de todos los países que por igual tienen derechos a su soberanía.

El panamericanismo va resultando así la continentalización de la doctrina de Monroe, bajo la tutela de la nación americana más fuerte.

En este sentido hegemónico, deja de ser unidad. El panamericanismo es América convertida en una sola. Pero podría estar convertida en una sola teniendo juego autónomo cada nación componente, aunque en el caso que vamos estudiando no ocurre así, ya que los países americanos eran demasiado pequeños en su mayor parte para poder enfrentar la situación privilegiada de Norte América, que iba superando al capitalismo europeo y su ejemplo, dado que el desarrollo de sus industrias aventajaba a Europa en muchos aspectos. A su arbitrio quedaban los países embrionarios del Nuevo Mundo; poco a poco introducía en ellos sus capitales, sus poderosas industrias, su enorme margen de exportaciones, sometiéndolos cada vez más a una política económica onerosa, a un coloniaje desvergonzado, provocando situaciones insostenibles de aversiones, de odios, de angustias, clima poco propicio para que se confiase en tal panamericanismo, provechoso para uno solo.

Sobreviene la primera guerra mundial. Al final de ella, el presidente Wilson plantea sus 14 puntos, se crea la Liga de las Naciones, pero el parlamento de los Estados Unidos rechaza la adhesión. Se refugia nuevamente en el aislacionismo antieuropeo. Los países sur y centroamericanos se benefician con ello en cierta medida, pues al contacto europeo en el seno de la Sociedad de las Naciones sienten cierto alivio de la hegemonía yanqui. Estados Unidos da marcha forzada a su imperialismo. Crisis en la Sociedad de las Naciones. El capitalismo en cada país tiende a bastarse a sí mismo. Superproducción, nacionalismo económico. El ejemplo cunde en Europa, y hasta fuera de la lógica de la economía capitalista, los mismos pequeños países de América quieren bastarse a sí mismos. El totalitarismo aprovecha este desenfrenado nacionalismo económico, que desemboca en la segunda guerra mundial. Es entonces cuando Estados Unidos, que todo lo ha previsto, aferrado en su aislacionismo, teme por su propia suerte ante el resto de América débil, unida a medias. Hay una verdadera fiebre panamericanista. Pero el panamericanismo, cuando la nueva contienda mundial estaba a punto de sobrevenir, ya había sufrido una vuelta muy grande. Había estallado la guerra del Chaco, y en la 7ª conferencia americana de 1933, en Montevideo, se obtuvo una tregua en dicha guerra, y como corolario se firma el 10 de octubre del mismo año el tratado antibélico de no agresión y conciliación. Y llegamos tres años más tarde a la 8ª conferencia, realizada en Buenos Aires, llamada de la Consolidación de la Paz. El presidente Roosevelt inaugura esta conferencia, exponiendo y oficializando la doctrina de la buena vecindad. Y ésta es la tercera etapa del americanismo.

III

La buena vecindad tiene un precursor en James Bryce, en quien se inspiró Roosevelt. Bryce dijo: "Obrando sólo como defensor de la paz y buena voluntad, E. Unidos tendrá una influencia importante en el hemisferio occidental, y esa influencia, prudentemente ejercitada, puede, con el tiempo, beneficiar en forma incalculable a toda raza humana". Con la buena voluntad o buena vecindad, política de buenos vecinos, teóricamente el sentido de intervención se desplaza, y deja lugar a la colaboración. Analizándola bien, esta política no se diferencia mucho de las dos etapas anteriores. Todo se circunscribe a conferencias internacionales. Ahora Estados Unidos se afana en fomentarlas: en 1938, en Lima (organización de la paz); en 1939, en Panamá (coordinación de la neutralidad americana); en 1940, en La Habana (coordinación de la defensa continental, continentalización de la doctrina de Monroe), y, por último, la XII conferencia de Río de Janeiro, en 1942 (ruptura con el Eje).

La política de buena vecindad es una alta política de cambio de forma imperialista, pero el imperialismo subsiste. Se puede ser buen vecino con quien es fuerte y dominador, que gasta buenas maneras, pero sólo a condición de tolerarle o someterse. Prefiero hacer decir aquí por boca de un estadounidense (Carl C. Zimmerman, de la Harvard University) lo que prevalece en el criterio norteamericano sobre la "buena vecindad": "Si el Tío Sam es ahora un buen vecino, esto es solamente un estado transitorio en su desarrollo". Y en las altas esferas de Wáshington se afirma con optimismo: "Si el gobierno de Estados Unidos volviera alguna vez a emprender dentro del Nuevo Mundo una política que constituya una ingerencia directa o indirecta en los asuntos políticos internos de nuestros vecinos, el día en que se emprenda esa política señalará el fin de toda amistad y comprensión entre los pueblos americanos". ¿Qué significan estos dos criterios tan adversos? En plena guerra mundial, Estados Unidos y los otros países americanos se necesitan. A Estados Unidos le hace falta ayudar a pueblos que no podrían defenderse solos, para salvaguardarse ella misma. ¿Pero esta ayuda mutua se prolongará en la paz? ¿Puede la consulta y colaboración entre gobiernos, por encima de los regímenes de cada país, evitar la hegemonía del más fuerte? Norte América, después del proceso de aglutinación de inmigraciones que formó su gran población, se ha convertido en cien años en una poderosa unidad nacional o Leviatán, y como es un gran Estado, con gran territorio que no busca expansión extraterritorial, y con un gran capitalismo que requiere expansión imperialista, resulta peligroso para los pequeños Estados que están bajo su égida económica radiando hacia la político. De ahí el gran valor de quienes tratan de inculcar en el pueblo del gran país del norte la idea de interrelación entre las tres Américas, no de fusión panamericanista que lleva fatalmente al dominio del más fuerte. Somos hermanos, sí, pero no bajo la tutela del hermano mayor. Buenos hermanos, buenos vecinos, pero iguales en derechos. Y sin olvidar que todos los pueblos americanos, incluso el de Estados Unidos, en esta guerra mundial, deben luchar contra el totalitarismo, sin dejar de lado la lucha contra el imperialismo. Solidaridad americana en tres aspectos: contra el Eje, contra la hegemonía de cualquier país de América y contra los imperialismos. Verdad es que después de esta guerra, los veinte países americanos que luchan con Norte América en el primero de los aspectos de solidaridad, no se hallarán en condiciones de evitar los dos aspectos restantes, estando en manos de regímenes de fuerza, dictatoriales, que por lógica matan la solidaridad internacional, al acrecer su aislamiento nacionalista. El mismo Zimmerman, que hemos citado, agrega: "Los americanos de habla inglesa y española deberán darse cuenta de que tienen una esencia humana en común. Las relaciones futuras entre estas dos gran-

dos culturas pueden arreglarse de tal manera que pueda haber una convivencia si cada una de ellas tiene en cuenta a la otra". Vínculo, y no fusión. Interrelación, y no absorción. Interamericanismo, y no panamericanismo.

IV

por ser más amplia, que guarda la verdadera esencia de la solidaridad continental, de la comunidad americana: el inter- A pesar de que la expresión "buena vecindad" le satisfaga a Estados Unidos, suele emplear otra que no le es tan grata, americanismo. Esta cuarta etapa no fija ya a América bajo un sólo dominador, sino que es el entendimiento real entre los distintos países vinculados directamente entre sí, de pueblo a pueblo, que es como decir de mano a mano. El interamericanismo debe ser lógicamente antiimperialista. Desde el punto de vista estatal no se puede concebir, porque se desvirtúa totalmente en las esferas diplomáticas y en los congresos oficiales. No hay interamericanismo de Estados; es un contrasentido; hay interamericanismo de pueblos. Más aún, sin pueblos libres el interamericanismo es una falacia. Entre las definiciones sobre unidad americana, la expresión de Haya de la Torre es la más cierta (aunque no del todo nos satisface por que sostiene la perduración del Estado posrrevolucionario): "Interamericanismo democrático sin imperio". Nos inclinamos hacia el interamericanismo popular federativo, con raíz firme y honda de libertad. La base de ese interamericanismo es el sistema social federativo, que excluye el poder máximo, pues con tal poder es una ficción. No puede concebirse el federalismo sin autonomía. Esta vitaliza al federalismo, formado con la materia prima popular. La autonomía le da coordinación, vertebración. El federalismo es vertebral, con sus municipios o comunas, con sus regiones federadas, con la médula vital de autonomía que las une. Las vértebras se vinculan entre sí y se cierran en un círculo común. Los pueblos se auto-liberan en su organización de la economía, directamente por sus productores, en sus organismos de relación, estableciendo una verdadera distribución social-económica del continente. Queremos señalar aquí el profundo acuerdo tomado en el Congreso de 1932 de la Asociación Continental Americana de Trabajadores (ACAT), reunido en Talca (Chile): 'La coordinación se hará, naturalmente, en cada ramo de trabajo y en cada localidad, pasando así a coordinar las fuerzas económicas en cada región y luego en todo el país; pero no basta esa solución nacional. Son muy pocos los países que puedan bastarse económicamente, y para quienes sea posible una vida autónoma. La tendencia es a constituir grandes unidades económicas, en donde se disponga tanto de la agricultura y de la ganadería como de la industria, de las materias primas vegetales y minerales. En este sentido, ni Chile, ni la Argentina, ni Bolivia, ni Paraguay, forman aisladamente economías vitales completas; pero en cambio se comprende la posibilidad de una unidad económica de todas estas repúblicas del Plata, que tienen minerales (Chile y Bolivia), petróleo (Bolivia, Paraguay, Argentina), agricultura y ganadería (Argentina)". El Congreso proclama luego "su aspiración a una unidad económica con todos los países hermanos del Plata, a una constitución de unidades sociales libres y confederadas en lo político, pero estrechamente coordinadas y vinculadas en lo económico. Resultarían entonces algo así como un organismo completo, viable incluso en caso de bloqueo internacional, capaz de defensa en caso de ataque exterior. Eso no implicaría de ningún modo aislamiento (pues la solución total de la crisis presente debe esperarse en todos los países) sino sólo el reconocimiento de que la estructuración y demarcación actual de las naciones capitalistas es arbitraria y no responde a las exigencias del período económico y social en que nos encontramos". Amplía finalmente esta concepción realmente interamericana, con la creación de regiones geoeconómicas para la producción y el consumo, y con una organización total de la economía del continente mediante el Consejo Continental de Economía Socializada y su red de Consejos Regionales. Como se ve, el interamericanismo no se circunscribe a un simple intercambio económico, sino que tiende a una nueva estructuración político-social, hacia una confederación de pueblos. Si se tiene en cuenta que, por ejemplo en 1941, únicamente el diez por ciento del comercio exterior de los países latinoamericanos lo realizaban entre sí, que las trabas aduaneras, la destrucción de sobrantes, la falta de un plan regulador basado en serias estadísticas de producción y de consumo, para el conjunto y cada uno de los países, la agudización en todos ellos del nacionalismo económico que choca abiertamente con las declaraciones de solidaridad política americana, se llega a la conclusión que tales síntomas desfavorables debilitan, desunen, fraccionan la unidad, acrecientan el imperialismo.

En el curso de este rápido estudio hemos insistido sobre la responsabilidad de Estados Unidos por su política americanista en interés propio, y cómo le ha urgido, también en propio interés frente a esta **guerra mundial, que los países latinoamericanos no estuvieran débiles, ayudándolos con empréstitos en su economía, y con acuerdos continentales sucesivos** (cuatro congresos en los seis años últimos, y siete en los cuarenta y nueve años anteriores) en cuanto a su política panamericanista. Mucho se ha avanzado sin embargo por arriba de toda la fraseología oficiosa. Aun entre la misma extensa literatura de prensa, libros, revistas, centros e institutos, por desgracia con mínima intensidad sociológica en relación a cantidad, que ha girado en torno de los problemas americanos, éstos se han ido aclarando, y sobre todo se han incorporado en las luchas populares de la realidad de hoy.

Si culpa de su absorbente política continental la tiene Estados Unidos, no es menos culpa la de los veinte países latinoamericanos, y más que nada la de sus respectivas masas populares, al no reaccionar contra la tutela imperialista. Esa reacción lógicamente no podía esperarse de tantos tiranos y dictadores sur y centroamericanos que en el transcurso de más de un siglo de independencia traficaron con la invasión imperialista avasallando la soberanía político-económica de sus propios países. Pero sí podía esperarse de la voluntad popular, si se hubiera creado una conciencia continental, una unión espiritual por encima de las fronteras. En las luchas por la independencia, los pueblos de América sentían anhelos comunes y no lucharon aislados. Aislados no hubieran podido vencer la dominación española. La Revolución fué americana. Y América no se ha emancipado todavía. Alberdi, al referirse al "mal de América" decía (y sólo estaba relativamente en lo cierto): "no es mal de opresión extranjera sino mal de pobreza, de despoblación, de atraso y miseria. Los actuales enemigos de América están dentro de ella misma: son sus desiertos sin rutas, sus ríos esclavizados y no explorados, su costa despoblada por el veneno de las restricciones mezquinas, el caos de sus aduanas y tarifas, la ausencia del crédito, etc.". Alberdi, al igual que Sarmiento y luego Agustín Alvarez, estaba sugestionado por el contraste de "civilización y barbarie" (barbarie era América; civilización, Europa), extremos no aceptables ni aun entonces. América se ha occidentalizado, pero los males subsisten y se agravan. Los cuatro factores citados por Alberdi, y la miseria de las masas nativas, indígenas; el interior despoblado junto a la urbe tentacular; el éxodo campesino; las viviendas insalubres del campo y de las ciudades; la mortalidad infantil, etc., si son graves males y de los peores, no excluyen el de la opresión imperialista extranjera, obligando a pensar que el mal de América es tanto interno como externo.

La América latinoindígena debe evolucionar en su economía y en su política, creando sus propias condiciones transformadoras. Para salvarse del imperialismo no debe caer en el nacionalismo económico. Por la comunidad de origen de sus pueblos, por su gestación revolucionaria, por su amor a la libertad a pesar de toda la serie de caudillos y tiranuelos de su historia, y en la misma concepción de su derecho internacional, América latinoindígena ha sido guía invariable de internacionalismo. Toca a las nuevas generaciones americanas dar un sentido universal al pensamiento de los precursores americanos sobre federación de pueblos.

Si como partícipes de un ideal humano hemos puesto nuestras miradas en el Nuevo Mundo, es porque América es un campo de experimentación joven en el sentido de formación de una nueva cultura universal. En su seno está la próxima pulsación del mundo. Verá su fruto social en la segunda mitad del siglo XX.

Por su historia y su geografía, América es una unidad. Pero esto no basta, pues su continentalidad es un hecho natural. Es preciso que el Nuevo Mundo llegue a ser una unidad social. Hay que preparar y fortalecer para ese fin las conciencias libres de los hombres de América, creando la unidad de espíritus. Esta creación, fundamento moral del nuevo ideario americano, en la lucha y en el pensamiento de hoy, abre el camino para una futura realidad, y es la esencia del interamericanismo. Este se aparta de la demagogia oficializada y de la americanística pura, porque es INTERAMERICANISMO POPULAR FEDERATIVO. Dentro de él no hay unidad por simple totalidad: hay unidad en la variedad. Los pueblos americanos, en la unidad de regímenes libres, solidarios en la diversidad de su *etnos*, desarrollan íntegramente y por vía directa su ritmo vital, al margen de hegemonías y esclavitudes. No es Pan América, ni Indo América, ni Latino América. Ni menos aún Hispano América. Es sencilla y profundamente: AMERICA. Ha atravesado cuatro etapas. La última será la de su libertad como unidad social, si es que los pueblos americanos comprenden su destino.

HORACIO E. ROQUÉ

DOS PAPAS FUERON BELIGERANTES CONTRA LA REVOLUCION E INDEPENDENCIA DE AMERICA

Las autoridades de los pueblos del Virreinato de Buenos Aires, no podían prestar obediencia a los actos de la Santa Sede, después de la Revolución de Mayo, porque era aliada y protectora del Rey de España, con quien estaban en guerra declarada, y porque la incomunicación que se produjo, no permitía actos de obediencia, pues los que se hiciesen llevaban el carácter de hostilidades a favor del enemigo.

La revolución argentina había vencido y dominaba la causa del Rey, a pesar de la protección de la Santa Sede, y había vencido también a las autoridades refractarias de la Iglesia, que hicieron causa común con él, salvando su fe y su culto, organizando canónicamente la Iglesia nacional, de manera regular en cuanto lo permitía la incomunicación con la Corte de Roma.

Admira la inteligencia, la energía, la fe y la pureza moral de propósitos de hombres eminentes que hicieron esa organización, conciliando sus deberes para con Dios y su Iglesia, con los que imponía la justa revolución por la que luchaban.

La guerra se había localizado en el Alto Perú, y después de un duro batallar, en que fuímos alternativamente vencedores y vencidos, se empezó a ver que el camino a Lima, donde estaba la base del poder del rey de España, que era necesario abrir para destruirlo de raíz, era por Chile, que había sido dominado por los ejércitos españoles, después de que se pronunció por la independencia siguiendo el movimiento revolucionario de Mayo.

Pero Napoleón había sido vencido, el rey de España había sido repuesto en su trono por los heroicos esfuerzos del pueblo español, y un poder inmenso, bárbaro, sanguinario y cruel se levantaba a nombre del absolutismo y el fanatismo, protegido por los potentados de Europa, con el Papa a la cabeza, como sus aliados, y España presentó el espectáculo odioso de sangre y castigos sin fin.

Los ejércitos españoles en América se sintieron fuertes, y siguieron el ejemplo de la metrópoli, y la guerra a muerte empezó con más vigor y rigor que nunca. La revolución argentina comprendió los peligros que la amenazaban, y sin abandonar la lucha que seguía con vigor, y de preparar los elementos necesarios para el triunfo, haciendo inmensos sacrificios acudió a las negociaciones como medio concurrente a cualquier eventualidad.

En la situación angustiosa que se produjo, cuando la revolución parecía perdida, los hombres valerosos y eminentes que la hicieron tuvieron el coraje y la inspiración del genio y proclamaron la independencia. La situación quedó definida. No quedaba más alternativa que vencer o morir. La guerra tomaba nuevo ardor. Los ejércitos españoles en Chile y Alto Perú se aumentaban considerablemente, y tras de ellos estaba todo el poder de España y de sus poderosos aliados de Europa con el Papa que los dirigía. Tras de los débiles y desprovistos ejércitos argentinos, no quedaban sino los gérmenes de la anarquía y la desorganización. Lo que teníamos estaba reducido al ejército de Cuyo y del Alto Perú. Los peligros que corría la revolución eran inmensos y el desaliento empezaba a manifestarse.

Pero nos esperaban mayores, terribles e inesperados peligros. La Santa Alianza, reaccionando contra las conquistas liberales obtenidas por la Revolución Francesa, condenaba la Revolución de América; y el despotismo se restablecía bajo formas odiosas, violentas e inicuas; el fanatismo, con sus suplicios, se levantaba furioso; y la causa de América tenía que luchar desesperadamente contra este coloso despiadado y bárbaro que sólo producía la muerte y el horror.

Se resolvió que extendiera su acción sobre América, y como si temiera que no bastasen los ejércitos para desarraigar los gérmenes de independencia que habían brotado en el Nuevo Mundo, buscóse también ponerlos bajo el amparo del nombre de Dios y la religión, a fin de ayudar más eficazmente a esta empresa, como lo dice un escritor chileno con pruebas irrecusables.

Un interesante artículo de

Bartolomé Mitre

El poder espiritual del Papa fue invocado en auxilio de esos propósitos. El Sumo Pontífice Pío VII lanzó entonces su famosa bula de Enero 30 de 1816 dirigida a los prelados americanos para que se pusiesen al servicio de la causa del rey de España, y excitó su celo contra la revolución y la independencia en nombre de la religión. El jefe supremo de la cristiandad empuñaba la espada espiritual contra la revolución americana, y los argentinos le respondieron con la declaración de la independencia.

En esa bula decía: "Y como sea uno de sus más hermosos y principales preceptos el que prescribe la sumisión a las autoridades superiores, no dudamos que en las conmociones de esos países, que tan amargas han sido para nuestro corazón, no habréis cesado de inspirar a vuestra grey el justo y firme odio con que debe mirarles". Les excita en seguida a "no perdonar esfuerzo para desarraigar y concluir completamente la cizaña de alborotos y sediciones, que el hombre enemigo sembró en estos países", y termina así: "fácilmente lograréis tan santo objeto si cada uno de vosotros demuestra a sus ovejas, con todo el celo que se pueda, los terribles y gravísimos perjuicios de la rebelión, si presenta las singulares virtudes de nuestro carísimo hijo en Jesucristo, Fernando VII, nuestro rey Católico, para quien no hay nada más precioso que la religión y la felicidad de sus súbditos, y finalmente si le ponéis a la vista los sublimes e inmutables ejemplos que han dado a la Europa los españoles que despreciaron vida y bienes para demostrar su invencible adhesión a la fe y su lealtad al soberano".

¿Qué hubieran hecho los católicos de nuevo cuño, que están agitando estérilmente la sociedad?

Según sus doctrinas, no habría más que ponerse de rodillas delante de la bula del Papa y reverentes acatar sus mandatos como venidos de Dios, por ser su representante en la tierra.

En consecuencia, habrían ordenado a Belgrano rendir su ejército a los generales españoles del Alto Perú, y al general San Martín, que mandaba en Cuyo, rendirse a los generales españoles de Chile. De

ese modo la República Argentina habría sido un vasto campo de matanza y horrores, donde se habrían erigido cadalsos para los patriotas en nombre del Dios de la caridad.

Los hombres de la Revolución, antes de doblar el cuello al absolutismo aliado con el papismo, y el clero argentino, de una ilustración eminente, entre el cual no se encontraba ni un traidor, consideraron la encíclica, como era, un acto de la Santa Alianza, y la desconocieron abiertamente.

. . . .

En los momentos más peligrosos y decisivos para la causa americana, cuando iba a fijarse su suerte, una nueva encíclica del Sumo Pontífice volvió a provocar serios conflictos.

Se publicó en Madrid esa encíclica del Papa León XII, fecha 24 de setiembre de 1824, que produjo, luego que se conoció en América, pocos meses después, una gran explosión de sentimientos patrióticos contra la intervención del Supremo Pontífice del orbe católico en los negocios políticos de estos países. Se ponía resueltamente otra vez al servicio de Fernando VII, para ayudarle a reconquistar sus antiguas colonias de América.

La revolución del pueblo español contra Fernando VII había sido sofocada y ahogada por la Santa Alianza con el ejército francés, que repuso a este soberano absoluto, y se pensó en la posibilidad de llevar a cabo esta empresa.

El Papa, que quiso coadyuvar a la obra inicua con esa famosa encíclica, levantó una protesta general contra ella en estos países, y en la República Argentina fué bien ardiente. Ella había sido publicada en febrero de 1825 en Madrid y llegaba a los pueblos de América poco antes de las batallas que decidieron definitivamente de la emancipación y de la independencia.

Fernando VII había creído que la encíclica del Papa sería un rayo capaz de anonadar a las nuevas repúblicas, pero ella sólo sirvió para aumentar el ardor con que consiguieron vencer a sus ejércitos, acabando toda resistencia en Ayacucho.

El Papa condenaba como malvados a los que propagaban libros y folletos, en los que se deprimían, menospreciaban y se intentaba hacer odiosa ambas potestades, eclesiástica y civil, es decir, las ideas de la revolución, considerando a sus sostenedores "como langostas devastadoras que salían de su tenebroso pozo, esas juntas que se forman en la lobreguez de las tinieblas, de las cuales no dudaba en afirmar con San León Papa, que se concreta en ellas, como una inmunda sentina, cuanto hay o ha habido de más sacrílego y blasfemo, en todas las sectas heréticas".

Exhortaba a los obispos a que enseñasen a los americanos a someterse a la autoridad del rey, esperando que obtendrían el pronto resultado, que se prometían si se dedicaban a esclarecer ante su grey las augustas y distinguidas cualidades que caracterizan a su muy amado hijo Fernando, rey católico de las Españas (incluso América), cuya sublime y sólida virtud le hacen anteponer el esplendor de su grandeza, el lustre de la religión y la felicidad de sus súbditos, y era uno de los monstruos más abominables, de los tiranos de los tiempos modernos.

(Editorial de "La Nación", del 27 de junio de 1884).

GABRIEL MIRO, SU OBRA

C. Delgado Fito

Con evidente simpatía por el hombre y la obra analizados, C. Delgado Fito traza en el pequeño volumen que nos ocupa, bellas páginas en torno de Gabriel Miró. A este admirable cultor de la literatura española, cuyo nombre permanece en semiolvido o es desconocido para la gran mayoría del público, nos lo presenta su biógrafo con acertados enfoques.

Buceó en sus aguas recoletas con seguridad de nadador a través de los distintos matices del gran poeta de la prosa. Porque a Miró hay que considerarlo en primer término como tal y descubrirlo en su actitud contemplativa frente al paisaje nativo, del cual extrajo, más allá de la realidad inmediata, los tonos sutiles que le permitieron dar expresión espiritual y geográfica a la tierra que él conocía con tanta profundidad como cariño. Este mismo conocimiento fué, sin duda, la razón que lo inclinó a envolver a los hombres y a las cosas en la diáfana atmósfera poética que vibraba en su sensibilidad de artista en continuo asomarse al mundo que lo rodeaba.

Todo esto lo ha visto también Delgado Fito, y su voz trae la del maestro con la emocionada resonancia del agua que vuelve a encontrar el antiguo cauce para reflejar cielos, colinas y caseríos, un poco borrosos en la lejanía, pero que surgen con limpia nitidez al evocar la magia de la palabra de Gabriel Miró.

Palabras por las cuales corre generosa la savia de un hombre que vió y recogió, a través de su prisma que le devolvía los colores convertidos en imágenes, un estado de alma de su tierra —que hizo extensiva a otras latitudes— y lo tradujo casi con sordina. Como para que sólo lo escucharan quienes son capaces de oír sin necesidad de estridencias. C. Delgado Fito supo interpretar ese mensaje, que el Instituto Joaquín V. González dió a la imprenta con la corrección y esmero característicos en las publicaciones de esa entidad.

A. V. E.

IMAGENES DE POETAS

Ernesto Morales

Ernesto Morales nos presenta en sus "Imágenes de poetas" semblanzas de escritores que no guardan más relación entre sí que la fuerte unión del artista en su pasión creadora. Nombres famosos de una época comprendida entre mediados del siglo pasado y principios del actual, pródiga en reales valores para la poesía europea y americana, que brillaron con intensidad dispar unos: Guido Spano, Rubén Darío, Ricardo Gutiérrez, Olegario V. Andrade, Adán Quiroga, Evaristo Carriego; otros sólo recordados por el limitado número de lectores de sus obras escasas o dispersas: Matías Behety, Juan Chassaing, Adolfo Lamarque, el extraño y moderno Herrera y Reissig, el afrancesado Pablo Minelli González, y todavía muchos más, casi desconocidos para los jóvenes lectores de hoy, pero que fueron en su tiempo hermosas realidades o promesas frustradas, los más, por una efímera vida apurada intensamente y cuya evocación trae aún hoy, para aquella que fué su generación contemporánea, un suave y melancólico recuerdo de juventud bohemia y romántica y de apasionada lucha idealista.

Poetas de grandes ciudades y de pueblitos campesinos; figuras próceres en la poesía y en la libertad de América: José Martí, González Prada, Jorge Isaacs; y entre ellos, la dulcísima y triste imagen de Rosalía de Castro, tal vez la semblanza más lograda y emotiva del libro que nos ocupa; la de Isabel, fervorosa hermana del atormentado Rimbaud; el perfil extraordinario y la obra magnífica, trágicamente interrumpida de Delmira Agustini; una revisión de poetas brasileños muy poco leídos en nuestro idioma; el célebre nicaragüense en un plano poco conocido: el de maravilloso creador de poemas reveladores de un hondo caudal de ternura que depositó en temas infantiles; leyendas orientales deslumbrantes de fantasía y esplendor.

Refiere Ernesto Morales, profundo conocedor de poesía y poetas, interesantes aspectos, ignorados muchos de ellos, realizados con maestría y emoción comunicativa, formando así un libro ameno y de innegable interés para los amantes de la literatura en general.

Esta obra une a su cuidada presentación, la calidad de las ilustraciones que firma el dibujante Indalecio Pereyra.

E. A. F.

LA QUEBRADA DE HUMAHUACA



Pueblos de leyenda son esos que menudean entre molles, sauces, álamos y algarrobos por toda la Quebrada de Humahuaca. Sus nombres, León, Volcán, Tumbaya, Purmamarca, Maimará, Tilcara, Huacalera, todos de prosapia indígena, hablan a la imaginación de cosas añejas, documentadas por alguna que otra iglesuca tres veces centenaria y por costumbres que han pervivido invariables a través del tiempo.

Lechos de piedra calcinados por el sol durante diez meses del año, barridos por el agua despeñada durante enero y febrero, son otras tantas carreteras por las que se desplaza el coya de un lugar a otro de la montaña. Calles polvorientas, solitarias, cruzadas de tanto en tanto por algún perro famélico, han visto pasar, con indiferencia, los días y los años. Sin embargo, pese a esa indiferencia, el tiempo y las lluvias mancharon el encalado y agrietaron las paredes que fueron torciéndose en un lento proceso de decadencia.

En medio de la arboleda que puntea el panorama emergen los capiteles de pequeñas iglesitas, y de entre el silencioso espeso, alza la acequia su canto humilde.

Por la costa del río jadea el tren que va a La Quiaca, y el penacho de humo queda un instante hamacándose en la quebrada, deshaciéndose luego, como las nubes, entre las fragosidades de la montaña. Desde los rellanos atisban los coyas su paso, motivo de novedad siempre, y prenden sus ojos del furgón de cola en un deseo impenetrable.

Cuando la noche esfuma el señorío de los cerros y sume al valle en un sueño pesado, la luz tremulante de un farol o el chirriar del quicio de una puerta dan pábulo a sugerencias extrañas y pensamos en las tantas leyendas montañesas que conocemos y que aquí toman visos de verosimilitud a pesar de nuestra deliberada incredulidad.

Pueblos de leyenda, sí. En cada piedra, en cada pared de adobes semiderruida, en cada una de esas casas que se hallan abandonadas sin que uno acierte a explicarse cómo pudieron dejar de vivir en ellas, de un día para el otro, esos ignorados moradores a quienes imaginamos partiendo el día anterior; surge la conseja, se asoma el misterio, revive la leyenda.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, amigo mío—. Es un hombre de edad indefinida el que pasa y saluda. Va a pie y le sigue una mula cargada con cueros. Irá a trocarlos por maíz, coca y vino en el boliche próximo.

—Buenas tardes.

En cada sendero que avanza por entre piedras y verduras y tunales, hay una canción de desesperación y de tristeza.

Estos pueblos, todos estos pueblos que duermen en el valle (Tumbaya, Purmamarca, Maimará, Huacalera) están al margen de la vida que pasa sobre ellos sin alcanzar a renovarlos. Conserdencia coya, de pintoresco atuendo, se deja vivir en filosófica pasividad. Un cuadrado de verdura, algunos corderos, un par de mulas o burros, un telar, el rancho y un corral de pircas es todo su patrimonio. Alrededor de esos bienes gira la vida de la familia. Trueca lana, quesos y tejidos por aquellas otras cosas de que carece, y ese comercio que culmina en la feria de la Manca Fiesta importa un verdadero acontecimiento. Allí corre la chicha entibiada por el sol en grandes garrafas de barro cocido, allí se baila el carnavalito ingenuo al son de sicuris y tambores, allí lucen las mujeres sus anchas polleras de vivos colores, sus grandes sombreros, sus ponchos cruzados entre hombro y cintura ahuecados en la espalda por el chango encogido.

El abigarramiento es un espectáculo para los ojos. Las flores en los sombreros, los tejidos barracanes, las mantas, las alforjas, todo concurre al pintoresquismo y al tipismo.

Y pasa la fiesta como pasa todo. A su término inician su vuelta las recuas que trajeron sal, quesos y alfarería y llevan leña, cueros y maíz pisado, rumbo a la montaña que se hace acogedora para ellos, moradores fieles, incondicionales.

La marcha del coya es lenta, contemplativa, minuciosa. Coquea y camina leguas y leguas deteniéndose en cada apacheta para dejar una piedra que habrá de asegurarle la bendición de Pacha Mama y el feliz término del negocio que le hiciera salir de los cerros. La ojota que preserva sus pies de piedras y espinas, sabe de jornadas entre lechos de ríos secos, entre senderos agresivos calentados por un sol despiadado, entre tolares verdegrises y campos de puna.

—Buenas tardes, señor.
—Buenas, compadre. ¿Lloverá?
—Sí, lloverá, siguro.

Y pasa el coya sin cambiar su paso uniforme rumbo al cerro cercano o distante.

Esa lluvia anunciada y aquellas nubes espesas que bajan por la ladera deshaciéndose entre las piedras, no es causa de peso para que apure la marcha. El tiempo no es cosa que cuente para él. Lo mismo da un día que dos; una semana que un mes. Donde lo toma la noche hace alto, y al lado de su mula o su caballo, se envuelve en el poncho y duerme bajo las estrellas o bajo la lluvia. Todo es igual. Todo será igual. Hoy, mañana y siempre.

Ayer corrió por el pueblo la mala noticia. Cirilo Quispe murió apunado en Tres Morro. Y este es el momento en que lo traen atravesado en una mula, cerro arriba y cerro abajo, mientras el sol le calienta en un piadoso afán de revivirlo.

En el rancho de adobes centenarios que se mete en la falda de la montaña trémulo en su vejez, están la Jacinta y dos changos: Mujer e hijos del finadito. Ven el cortejo. Al principio era un punvan, por eso mismo, su pureza de origen, llana, sin complicaciones.

La gente lugareña, de notable asento negro orillando la cresta escarpada. Ya lo tienen frente a la casa. Quispe es descendido del animal y tomado por los amigos. Jacinta y los changos, sin una palabra, sin poder llorar siquiera, sin conciencia de nada, se suman al cortejo que enfila hacia el pueblo. La campanita rota de la iglesia llena el valle de lentos sones roncos.

El cementerio: media docena de túmulos de piedra —especie de apachetas— se alza en un rellano del cerro próximo. Allí le soterran. Sobre él una cruz de palo y unas pocas flores espinosas y otras tantas ramas verdes del molle vecino. Es todo. Vuelve la gente al pueblo. Acompañan a la viuda hasta su casa. Otros amigos y curiosos se han sumado al grupo.

La viuda, cariacontecida, doblada por un porvenir que comienza a pesarle, hace un primer convite de chicha y se sienta, pequeña, encogida, con sus hijos al lado. Se abstrae en el paisaje que se recorta por la puerta del rancho ya casi envuelto en sombras. Un comedido se encarga de que el convite se repita y, al rato, cuando otras mujeres rodean a la viuda y le consuelan, los hombres generalizan la jarana.

Ya caída la noche, sumida la aldehuela en el silencio profundo de las cosas dormidas, sólo el hontanar eleva un dulcísimo canto que refrenda las notas de una quena tocada quién sabe por qué mano. Esta es la música que vela el reposo de Cirilo Quispe. Esta sola, porque la otra, la música que el viento trae, a instantes, desde su rancho, desde lo que era su rancho, no la oye; no quiere oírla.

Febrero 29 de 1944.

RODRIGO BONOME

"ELADIO SEGURA", NOVELA DE GERARDO GALLEGOS

Desde CUBA
Por GERARDO FALCONI R.

Publicada por Editorial "La República" de La Habana, bajo los auspicios del Consejo Corporativo de Educación de Cuba, y amablemente enviada por su autor —Gerardo Gallegos—, he podido conocer la última de sus novelas: "Eladio Segura".

Sorprende realmente el bloqueo de silencio, esa como densa envoltura de desconocimiento que oculta la figura criolla de este gran novelista del Ecuador y de América. Gerardo Gallegos es un nombre ampliamente olvidado por la crítica literaria de nuestro país. Por lo general, no se lo destaca en nuestras listas bibliográficas. Se soslaya su presencia espiritual en los debates de los círculos de la inteligencia, en los que se discuten prioridades acerca de la influencia ejercida por la obra literaria moderna y se consagran preeminencias, marcadas unas veces por la virtualidad intrínseca y otras por el éxito de cartel, de difusión y de propaganda alcanzadas por la actual novelística ecuatoriana. Indudablemente, mucho más apreciada fuera que dentro del meridiano de la cultura nacional.

Esta —que es sólo una nota escrita al margen de la lectura de la novela "Eladio Segura"—, lleva el claro propósito de contribuir a que se repare tan injusta prescindencia. No tiene, ni mucho menos, pretensión de crítica definidora de posiciones literarias. Quiere ser, simplemente, un cordial llamamiento a la necesidad de conocer y juzgar la valía de un crédito intelectual tan formalmente logrado en América hispana, por este autor nacional de fruto ya maduro y henchido.

Gerardo Gallegos abandonó el rincón cercado de reticencias *conservadoras*, en el que hizo su formación cultural dentro del terrón nativo, para emprender la conquista de título abogadil en la Universidad capitalina. Felizmente, sólo alcanzó a obtener el Diploma de Licenciado en Ciencias Sociales. Mientras tanto aprovechaba para esforzarse como devoto cultor del cuento y el relato en las revistas literarias de Quito. Hasta cuando, luego de su primera fuga a ensayar la embriaguez de ese *cocktail* de climas del agro ecuatoriano y el atisbo por los primeros caminos internacionales, retornó con un fresco gajo de crónica de viaje, en su primer libro: "Erranzas".

Se ubica —ya de regreso— con firmes lineamientos de personería literaria en el grupo intelectual guayaquileño. Se entusiasma en el empeño de fundar editoriales. Trabaja con éxito en el periodismo. Labora con decisión en las faenas literarias y su obra de animador de la cultura se destaca en el éxito de difusión que por entonces adquieren "Semana Gráfica" y "Savia", las revistas porteñas.

Después, otra vez a la obsesión de urdir la vida con el hilo de todos los caminos. El ansia fecunda de barajar paisajes, descubrir y conocer ciudades, con la misma fruición con que se busca la promesa que tienta en cada nueva mujer. Uno de sus principales biógrafos, el escritor mexicano Gastón Lafarga, comprende bien este designio, cuando dice: "La vocación de Gerardo Gallegos es vivir, vivir en hombre. Su anhelo de viajar es ansia de conocer, aún a costa del dolor. La tierra embriaga como el amor y el vino".

Otro de sus comentadores apunta, luego de estudiar su obra de escritor ecuatoriano y establecer semejanzas y diferencias frente a la de Rómulo Gallegos, el venezolano: "No encontraremos un escritor ibero-americano de este momento que le supere en la maestría con que escribe sus novelas cortas. De la realidad toma lo esencial, eliminando detalles secundarios. Condensa el paisaje y al convertirlo en obra de arte sugiere la atmósfera, el clima y el aire". Esto puede explicarnos la razón de su éxito, el por qué sus relatos y cuentos los encontramos siempre como material destacado en revistas de la importancia de "Carteles", de la Habana; y sus artículos políticos, en revistas de la talla de "América", órgano de la Asociación de Escritores y Artistas de esa misma capital, suelo grato en el cual desde hace tiempo parece ha hincado, por fin, sus raíces literarias.

En este breve apunte, me referiré sólo a sus obras de éxito y difusión definitivas en América.

"El Puño del Amo" es la cristalización de su jira en torno a la tierra venezolana, con ánimo pleno de mirarla, sentirla y quererla. Asiste al drama complejo, largo y absorbente del dictador Juan Vicente Gómez. ¡Como que es ese el puño de amo cuya sombra encuentra sobre todas las dimensiones de la geografía y el espíritu venezolano y nos lo refleja en su libro!

"El Puño del Amo" lleva en sí una brisa heroica sobre un paisaje de refracciones políticas. Con sobriedad y luz interior destaca a sus personajes en trazos firmes y precisos. Pero, dejando a ellos que penetren en el escritor, para devolverlos en imagen, ambiente y color, aun cuando siempre ellos mismos. Quiere decir que no se empeña por rastrear el curso de las ideas de sus héroes ni entregarles a ellos las propias consignas del escritor. Rehuye, en una palabra, la literatura de cartel y denuncia —tan del gusto de la nueva novela ecuatoriana—, aligerándose de comentarios, superando por medio de creaciones de alto contenido estético, el recurso de la protesta, el grito y la fraseología beligerante.

Sin embargo, y tal vez por ello precisamente, nos permite alcanzar el croquis fundamental de esa hora larga de la política venezolana. Con sus cuadros del dolor derrotista en la lucha que libran las minorías oposicionistas contra el poder rodeado de fuerzas omnímodas y apetitos elementales: el régimen latifundista: el pan y circo romanos a la manera flamante de carreteras, palacios, moneda y producción llamativas: un ejército técnico y poderoso para la paz trágica: una policía secreta (La Sagrada), con todos los métodos de violencia, sin escrúpulos y sin límites en su acción terrorífica.

No tuve hasta ahora la oportunidad de conocer la otra de sus novelas de renombre: "El Embrujo de Haití". Pero, refiriéndome a la opinión de órganos acreditados de la prensa indolatina y al elogio coincidente que formulan críticos de tan alta estirpe como Francia de Miomandre, Gastón Figueira, Alfonso Reyes, etc., puede convenirse en que se trata, al decir de uno de ellos: "De una novela de acción veloz, puntuada por el ritmo sensual de los bailes afrocubanos... En el estilo hay la plasticidad tersa y vibrante de la sinfonía de rumores del mar y de la ardiente selva haitiana... Está escrita esta novela, en la que se ligan los negocios, el amor y la brujería como en una serie de guiones cinemáticos. Lo que permite al lector contemplar lo que el autor ha querido hacer desfilar ante los ojos de su emoción estética".

Mas, en donde la técnica literaria de Gerardo Gallegos llega a su plenitud y el relato adquiere ya contornos de maestría, tanto en la disposición de los recursos argumentales, como en el cimbreamiento del estilo y la riqueza del contenido emocional, es en su última novela "Eladio Segura", motivo principal de este comentario.

La acción se desarrolla entre la cuerda floja —y para nosotros trágica— que sirve de límite entre Ecuador y Perú, hacia la parte sur de Loja. Queda ajustada en el cuadro geográfico y social de la sierra andina. Su escenario es híspido, señero y movedizo al propio tiempo: entre las aguas del río Macará y el Chira, y los desiertos de arena que circundan pequeños poblados como Celica, Saraguro y Cariamanga, por un lado de *la raya*; el Sechura, Piura y Catacaos, por el otro.

Y entre el paisaje móvil, las tormentas, las ráfagas de arena y la altitud severa de los cerros del Catacocha, desde los que el contrabando empuja las *puntas* de ganado, hasta hacerlo pasar a través de la zona desértica del Sullana y viceversa: destilando pasión, unas veces altiva, caballerosa y aun heroica: delictiva, ciega y procaz en otras; pero humana, apretada y espontánea siempre, aparecen perfiles de enhacendados y gamonales, comerciantes equívocos, forajidos, jugadores maleantes y reivindicadores al modo primitivo de la justicia social. Unidos todos ellos en su ardor y en su anhelo, a la hembra que mitiga y endulza de caricia la lucha a dentelladas por la vida. Así el *kishka* de Pakishapa, jefe de bandoleros que deviene en vindicador de derechos indígenas; el Cachorro, señor del atraco en los páramos y corazón abierto al amor y el sentimiento generoso; don Pablo Mendiburo, el gamonal explotador y engreído; Myrta Collantes, la aventurera apasionada, vengativa y viciosa; Topacio, la aldeana de frescura vegetal, predispuesta siempre a la protección para su hombre, a la bondad y la caricia sencilla; Pitusa, la pobre prostituta con ansias de redimir su caída.

Difícilmente en la novela ecuatoriana, —excepción hecha de José de la Cuadra, con el que presenta analogías en la concepción y las maneras de hacer—, podemos encontrar una prosa tan tensa y restallante, una fluidez tan certera para conducir la emoción de la trama, patetizándola al propio tiempo de color, energía y sonido. En "Eladio Segura" se nos entrega, con generosidad, cuadros y escenas entre los que rebotan la pasión, el amor y la angustia del hombre, transidos de un soplo panteísta que emana de la tierra sacudida por el drama de los elementos. Se diría que Gallegos desbroza la selva del acontecimiento y la imagen, a filo rítmico de machete empapado de reflejos y colores.

Ese bloqueo de silencio producido en nuestro país, en torno a la obra y al nombre de Gerardo Gallegos, que decía yo al principio, ¿obedece tal vez al alejamiento del hombre físico con respecto a su propio medio; al ausentismo en la producción y la publicación de su obra madura; a su no enrolamiento en los vigorosos equipos por medio de los cuales ha entrado en beligerancia el postulado y la obra social de los novelistas del nuevo Ecuador?... Quizás, efectivamente se debería a un poco de todo ello. No podríamos explicarnos de otro modo.

"Eladio Segura", la novela que triunfa a todo lo ancho de la América nuestra, nos invita a leer y exaltar una personalidad literaria y un libro ecuatoriano, elogiados por voces de tanto eco —entre otras muchas— la del escritor peruano Luis Alberto Sánchez, por ejemplo. No podemos nosotros continuar ignorándolo, mientras hombres del pensamiento extranjero, de tan fresco recuerdo y tan seguro crédito literario como el profesor norteamericano Alber Franklin, nos declara en idioma inglés: "This book will be of enormous value in the classroom if it is properly used, and should lend itself well to a fine translation". (Este libro, de enorme valor, debería ser utilizado apropiadamente en la sala de clases. Es una novela que se presta a una magnífica traducción al inglés).

Quito, Ecuador, 1943.

Gerardo Falconi R.

HOMBRE DE AMÉRICA

F U E R T E   Y   L I B R E

AÑO V — ABRIL DE 1944 — N° 24

REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL Nº 133661

NOMINA DE COLABORADORES

POR ORDEN ALFABETICO

Paco Aguilar — Miguel Angel Angueira — Germán Arciniegas (Colombia).

Montiel Ballesteros (Uruguay) — Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi — Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J. Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Ernesto L. Castro — Ernesto Castany — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cossettini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Luce Fabbri (Uruguay) — Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos) — Dr. Emilio Frugoni (Uruguay).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y Contreras (Cuba).

Víctor Raúl Haya de la Torre (Perú) — Jorge Hess — Josua Hochstein. (Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing. Jacobo Maguid — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) — Ing. Aquiles Martínez Civelli — Félix Molina Téllez.

Dr. Jorge F. Nicolai (Chile).

Dr. Isidro J. Odena — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti — Angel Ossorio.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Petettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Rooney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán — Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. Joao da Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy (México).

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Ezcurra — Jacinto Toryho — Prof. Víctor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Rodrigo Bonome — Camblor — Carybe — Gustavo Cochet — Manuel Eichelbaum — Enrique Fernández Chelo — José Antonio Ginzo — Emma Jauch — Kras — Aniano Lisa — Maruja Mallo — Pedro Olmos — José Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

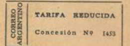
Dirección: A. CUPIT

Redacción y Administración
ALSINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Defensa 0297

Toda la correspondencia debe ser dirigida a nombre de A. CUPIT. Giros y toda clase de valores a VICENTE CASADO.

Suscripción anual:
ARGENTINA: $ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de los conceptos e ideas expuestos en los trabajos firmados que se publican incumbe exclusivamente a sus autores. El Comité de Dirección, de acuerdo con el criterio enunciado en la Declaración inicial, no ejerce censura previa sobre las colaboraciones, ni aun en las secciones fijas, a cargo de redactores permanentes. Por tanto, declara que en ningún caso ellas implican una opinión oficial de HOMBRE DE AMERICA.



Impreso en Argentina
Printed in Argentina